

EL MAYOR DESENGAÑO

Tirso de Molina

Personas que hablan en ella:

- BRUNO, galán
- MARCIÓN, su criado
- EL PADRE de Bruno
- ATAULFO, galán
- Un TÍO de Evandra
- SOLDADOS
- VISORA, dama
- LEIDA, música
- EL REY de Francia
- La REINA de Francia
- MARCELA, dama
- HUGO, papa
- EVANDRA, dama
- LAURETA, su criada
- El conde PRÓSPERO
- LORENA, dama
- ENRICO, emperador
- MILÁRDO
- La EMPERATRIZ
- ROBERTO
- LUCIO, estudiante
- FILIPO, esudiante
- LAURA, dama
- Un ÁNGEL

ACTO PRIMERO

Salen BRUNO, galán, MARCIÓN, de capigorrón, EVANDRA, dama, y LAURETA, SU criada, con mantos

BRUNO: ¡Extraña estás!

EVANDRA: No te espantes.

BRUNO: ¿Cómo es posible me tengas
amor, si crúel te vengas
con desdenes semejantes
de males que nunca te hice?

EVANDRA: ¡Qué terribles sois los hombres!

BRUNO: Si me abraso, no te asombres.

MARCIÓN: ¡Qué lo alajú que lo dice!

BRUNO: O me quieres bien, o no.

EVANDRA: Quiérote con amor casto.

BRUNO: ¿Que a persuadirte no basto
a darme una mano?

LAURETA: ¡Jo!

MARCIÓN: Como allá se manosean
de lenguas, yo soy amigo
de obrar callando.

LAURETA: ¡Jo, digo!

MARCIÓN: De "jo" tus requiebros sean.
"Jo" digas cuando te cases.
Cuando el "sí" vayas a dar,
digas "jo." Cuando a fregar
ollas y platos repases,
por tiple o por contrabajo
cantes "jo." Pues lloro yo,
que al fregar no es malo el "jo,"
si en "jo" acaba el estropajo.
"Jo" te llame tu señora.
"Jo" seas en toda parte.
"Jo" digas al acostarte;
"Jo" cuando salga la aurora.
"Jo" sea tu sí y tu no;
"jo" en plazas, tiendas, calles,
y en fin, un marido halles
con la paciencia de un Job.

BRUNO: Evandra, si cuando dejo
tantos aumentos por ti,
letras a quien años di,
respetos de un padre viejo,
grados de universidades,
leyes por las de tu amor,
cargos que ofrece el favor,
honras que son dignidades,
¿qué estado habrá que me cuadre,
pues maltratas mi deseo,
cuando despreciado veo
por ti mi estado y mi padre?
¿El darme una mano bella
fuera mucho galardón?

EVANDRA: Sí, Bruno, que la opinión
tengo de mi honor en ella.

Vive el recato entre miedos
de menosprecios villanos;
den otras el gusto a manos,
que yo dudo darlo a dedos.

Si lo que por mí has dejado
en mi amor cobrando vas,
juzga tú cuál vale más,
¿lo perdido o lo ganado?

Un alma ganas, que animas
con las llamas de tu amor,
un escrupuloso honor
que por recatado estimas.

Pierdes letras y opinión
de estudios en que amor calma;
por libros te doy el alma,
y por grados mi afición.

Si ésta es más, deje que llegue
su tiempo, que yo sé, Bruno,
que me pides, importuno,
lo que gustas que te niegue.

MARCIÓN: ¿Que no hay darme una manopla
a quien mis versos dedique?
¿Siquiera un dedo meñique,
una uña?

LAURETA: ¡Jo, digo!

MARCIÓN: ¡Sopla!

"Jo" y bofetón, presa y pinta.

La mano te pido yo,
pero en los carrillos no,
que es firma sin pluma y tinta.

BRUNO: Seis años ha que te adoro.

EVANDRA: Otros tantos ha que en ti
nuevo dueño al alma di.

BRUNO: Todas las joyas y el oro
que de mi madre heredé,
y en ti mejoran de dueño,
te traigo. Don es pequeño;
mas quilates de mi fe
le darán nuevo valor.

Recibe mi voluntad
y verás su calidad.

EVANDRA: A poder, Bruno, mi amor

ofenderse, me avergüenzo
de ver que tan mal le apoyas.

De afrentadas esas joyas
se esconden en ese lienzo;

y aunque con prendas tan bajas
me ofendes, de tu oro advierto
que en fe de que viene muerto
para mi amor, le amortajas.

Seis años de voluntad

¿se pueden satisfacer
con oro? ¿Soy mercader
que vendo mi libertad?

¿Qué ignorancia hacerte pudo
intentar tan vil quimera?

Si Amor vestirse quisiera,
no se pintara desnudo;

pero tú para que torne
a agraviar en él la vista,

lienzo le das que se vista
y joyas con que se adorne.
Déjame y véte.

BRUNO: Oye, escucha;
no te alteres, no te enojés.

MARCIÓN: Hoy somos todos relojes.
También yo tengo mi hucha.

Saca un pañuelo muy sucio y roto

Cuatro cuartos bien contados
en ese pañuelo van,
que si escudos amos dan,
damos cuartos los criados.

Porque aunque hay relojes hartos,
hay unos que así te goce
no paran hasta dar doce,
otros que dan cuatro cuartos.

No alcanzan a más mis bríos;
recibe el escaso don,
que si cuatro cuartos son,
serán ocho con los míos.

Toma, ¿qué te melindrizas?
Tu padre es éste, señor.
A no venir ciego Amor,
por Dios que me descuartizas.

Sale el PADRE de Bruno

PADRE: Buenos logros de tu estudio
das a mis prolijos años,
a la opinión de tu ingenio
y al sudor de tus trabajos.
Buen empleo hizo la hacienda
que tanto tiempo he gastado
contigo en París, Bolonia,
Lovaina y Praga. Letrado
en las leyes de tu amor,
ya que no en sus desengaños,
la cátedra lees de prima,
amante ya que no sabio.
¿Honras así la nobleza
que de tus antepasados
es espejo de Colonia?
¿Éste es merecido pago
de un padre que deposita
su ser en ti, y te ha entregado
por ser único, en mi casa,
su valor y sus cuidados?
¿Tú te casas sin mi gusto?
¿Tú, a mis consejos contrario,
el honesto traje truecas
de escuelas que ilustra a tantos,
por las galas licenciosas,
y para volar más alto,
mudas plumas, torpe y ciego,

al sombrero de la mano?
¡Plegue a Dios...

De rodillas

BRUNO: Padre y señor,
después de poner los labios
donde tú pones los pies,
tus canas reverenciando,
respondo humilde a tus quejas,
que aunque cuerdo he procurado
seis años ha obedecerte,
inclinaciones forzando,
ni ausencias, madres de olvidos,
ni estudios siempre contrarios
de la ociosidad dañosa,

Levántase

ni entretenimientos castos
pudieron ser de provecho
a borrar de mis cuidados
el amor que a Evendra tengo,
de su hermosura el retrato.
Si supieras diligencias
qué en tu obediencia buscaron
remedios contra mi amor,
desvelos que me han costado,
yerbas, palabras, conjuros,
compañía de hombres sabios,
juegos, entretenimientos,
ya en la ciudad, ya en el campo,
lástima en vez de rigor
me tuvieras; mas son falsos
los remedios que dio Ovidio
contra este ciego tirano.
¿Qué importa que padre seas
y que los preceptos santos
de mi ley a obedecerte
me obliguen, si me inclinaron
las estrellas superiores,
que estando en lugar más alto
la jurisdicción te usurpan,
de quien me confieso esclavo?
Por la mujer, dijo Dios,
que dejaría olvidado
el hombre su padre y madre.
Ni te olvido, ni he dejado;
pero, ¿qué tengo de hacer,
si las estrellas, los astros,
mi inclinación, mis deseos,
la libertad me usurparon?
Tú eres solo; muchos ellos;
Amor, dios fuerte; yo, flaco;
bella Evandra; ¿cómo puedo
hacer resistencia a tantos?

Sangre ilustre, padre, tienes,
y el copioso mayorazgo
que me dejas en herencia,
basta a darme noble estado.
Estudien hijos segundos,
que en las letras han cifrado
la dicha de sus aumentos,
vinculada en sus trabajos,
que los únicos, cual yo,
cuando al ocio y al regalo
den generosos desvelos,
ni es menosprecio ni agravio.
Evandra, si no tan rica,
porque los cielos cifraron
tesoros en su hermosura,
discreción, honra y recato,
es tan noble como yo.
No permitas, si eres sabio,
que me case con el oro,
ocasión de tantos daños.
Dotes que maridos compran,
los obligan como a esclavos
a indignidades de honor,
por ser maridos comprados.
Así, padre, siglos cuentas,
que permitas mi descanso,
y, antes que deje estos pies
pueda a Evandra dar la mano.

PADRE: Antes que mis canas vean
mi afrenta, tu desacato
y delhonra de tu sangre,
plegue al ciclo...

MARCIÓN: (Ya plegamos.) **Aparte**

PADRE: ...que la noche de tus bodas
trueques gustos en agravios,
y el tálamo que deseas
manchen adúlteros brazos;
jamás te mire amorosa,
desdenes sean sus regalos,
menosprecios sus favores,
sus promesas, engaños.
No fertilice con hijos
tu desobediente estado,
y si los tienes, pobreza
mezcle su amor con trabajos.
Tus más amigos te vendan,
tengan poder tus contrarios
en tu deshonor mas... no...
Hágate Dios un gran santo.
Pero ¿cómo se enternece
un corazón injuriado
de un hijo, que tanto quiso
a un padre, a quien debe tanto?
Plegue al cielo, si en mi ofensa
dieras la atrevida mano
a esa mujer, pobre al fin,
que es la afrenta de más caso,
que todos te menosprecien,
no te acompañen hidalgos,
de desleales te sirvas,

pidas limosna a villanos;
 si jurares no te crean,
 en cuanto pusieres mano
 desdichas te agüen aumentos;
 cuanto estés más confiado
 de la lealtad de un amigo,
 te usurpe lo más preciado
 de tu gusto; pero... no...
 Hágate Dios un gran santo.

EVANDRA: Si no tuviera respeto
 a tus venerables años
 y al amor que tengo a Bruno,
 de tu nobleza traslado,
 pudiera ser respondiera
 a medida del agravio
 que en mi calidad injurias
 si no descortés, osado.
 Mi sangre no desmerece
 darte nietos, pues honraron
 mis progenitores nobles
 augustos triunfos y lauros.
 Si a falta del oro vil,
 que califica villanos,
 supliendo sangres ilustres,
 dorando quilates bajos,
 mi nobleza en poco tienes,
 guarda tesoros avaros,
 que los de mi honor estimo
 como más calificados.
 No vendo a peso de hacienda
 la calidad que he entregado
 a persuaciones de Bruno,
 a fuer de mercader falso;
 sólo noble correspondo
 en amorosos contratos
 a la fe con que me sirve.
 Firme, no rico, le amo.
 Y agradece la firmeza
 con que en mi pecho ha arraigado
 su proceder generoso
 la fe de su noble trato;
 que a poderle despreciar,
 causa en tus palabras hallo
 para que de él ni de ti
 hagan mis injurias caso.

BRUNO: Padre... señor... ¿es posible
 que con ruegos no te ablando?
 Si estimas tesoros, coge
 perlas de estos ojos claros,
 oro de aquesos cabellos,
 rubíes de aquesos labios,
 satisfacerás intereses
 que está el amor envidiando.

PADRE: En fin, ¿contra el gusto mío
 te intentas casar, dejando
 burladas mis esperanzas?

BRUNO: ¿Qué he de hacer, si Amor tirano
 violenta, padre, deseos?

MARCIÓN: Si no es más en nuestra mano,
 ¿qué habemos de hacer los dos

sino echar cosas a un lado?
 PADRE: No me llames padre más.
 BRUNO: Mi padre y señor te llamo.
 PADRE: Mientes.
 MARCIÓN: ¡Ay!, cargado queda.
 PADRE: Hijos que degeneraron
 de su valor, no son hijos,
 sino espúreos y bastardos.
 Desde aquí te desheredo,
 que aunque te faltan hermanos,
 sobrinos ilustres tengo,
 no cual tú, locos e ingratos.
 Si más los umbrales pisas
 de mi casa...
 MARCIÓN: (Aquí entra un palo **Aparte**
 de molde.)
 PADRE: ¡Viven los cielos!
 Que ha de matarte un esclavo.
 Susténtete tu mujer;
 si en sus dientes y en sus labios
 perlas tienes y rubíes,
 bien puede suplir tus gastos.
 ¿Qué joyas, traidor, son éstas?
 MARCIÓN: Escondo mis cuatro cuartos.
 PADRE: Muestra y agradece.
 MARCIÓN: ¡Malo!
 BRUNO: Señor, mira.
 PADRE: Dios permita,
 pues su enojo forja rayos,
 que uno te abraza; mas... no...
 Hágate el cielo un gran santo.

Vase el PADRE de Bruno

MARCIÓN: A la luna de Valencia
 parece que nos quedamos.
 ¿Que habemos de hacer agora?
 BRUNO: ¡Hay tal crueldad?
 MARCIÓN: ¡Oh, viejazo!
 BRUNO: Mi bien, si anda Amor desnudo,
 Amor soy, pues le retrato.
 Padre y casa por ti pierdo,
 gloria y dicha por ti gano.
 ¿Quieres que sea tu huésped?
 EVANDRA: No, Bruno, que los engaños
 temo que otro huésped hizo
 a la viuda de Cartago.
 BRUNO: Llévame a tu casa.
 EVANDRA: Tengo
 un tío viejo y avaro,
 y no lo consentirá,
 que es mal acondicionado.
 MARCIÓN: Laureta, ¿no habrá un rincón
 entre sartenes y cazos?
 Llévame contigo.
 LAURETA: Tengo
 a la escalera un alano

que una pierna se merienda,
y en la cocina dos gatos
con unas uñas de a jeme.

MARCIÓN: Buenas son para escribanos.

BRUNO: En fin, ¿te vas y me dejas?

EVANDRA: El alma te ha aposentado
en medio del corazón.

A LAURETA

MARCIÓN: Y el cuerpo, a ti suspiramos,
¿que me dejas y te vas?

LAURETA: El alma, gorrilacayo,
le llevo, que el cuerpo no.

MARCIÓN: ¿Almas llevas? Serás diablo.

Vanse EVANDRA y LAURETA. Sale el conde PRÓSPERO

PRÓSPERO: ¿Qué tenéis en esta calle,
Bruno, que tan de ordinario
deseos avecindáis
en ella? Jamás os hallo
cuando os busco, sino aquí,

BRUNO: ¡Oh, Conde y señor! Son pasos
de la pasión de mi pena
los que por esta calle ando.
Aquí vive quien me mata.

PRÓSPERO: ¡Gracias a Dios que he sacado
en limpio que sois amante.

BRUNO: Venturoso y desdichado.

PRÓSPERO: Ésas son contradictorias.

BRUNO: Correspóndeme quien amo,
y desdénfame amorosa.
Veis aquí los dos contrarios.

MARCIÓN: Lo cierto es, señor, si puede
a un Conde hablar un lacayo
bachiller en la carteta
y en el pasar licenciado,
que el estar a tales horas,
cuando Febo está jugando
con la noche al escondite,
es sólo a falta de rancho.

BRUNO: Calla, loco.

PRÓSPERO: ¿Cómo es eso?

BRUNO: En la nobleza fiado
y amistad que os acredita,
os contaré sin cansaros
mis desdichas brevemente.
Sirvo a Evandra, habrá seis años,
origen de la hermosura,
de sus efectos milagro.
Honradas correspondencias
alientan deseos tiranos,
Y refrenan osadías
entre el amor y el recato.
Pienso casarme con ella,

a cuya causa he mudado
 el hábito y profesión,
 contradiciendo cuidados
 de mi padre, que lo estorba.
 Hallóme con ella hablando
 a sus puertas, de su luz
 tellizo cortina, un manto.
 Alborotóse de verme
 mi viejo padre, aumentando
 lágrimas con maldiciones,
 unas nubes y otros rayos;
 y al fin, viendo que rebelde
 en este sol idolatro,
 de su casa me despide,
 injurias multiplicando.
 Pedí a mi Evandra que fuese
 la suya hospicio y sagrado
 de mi destierro y amor;
 pero como puede tanto
 la Ocasión con él, temióla,
 y escarmientos del troyano
 huésped de la amante Elisa
 hoy su puerta me cerraron.
 Como sin padre me veo
 y sin casa, recelando
 perder mi dama también,
 me quedé filosofando
 quimeras, que en veros, conde,
 cesan, pues con vuestro amparo
 no echo menos padre y casa.

MARCIÓN: ¿Éste es el *benedicamus*?

PRÓSPERO: Agora que sé que puedo
 serviros, amigo, en algo,
 en albricias de la pena
 os doy...

MARCIÓN: (¿Dineros?)

Aparte

PRÓSPERO: ...los brazos.

Si os casáis, tendréis en mi
 padrino. Si os ha negado
 vuestro padre, en mi hallaréis,
 ya que no padre, un hermano.
 ¿Qué tengo yo que no sea
 vuestro?

BRUNO: Sois ejemplo raro
 de la amistad y nobleza.

MARCIÓN: Sois...

BRUNO: ¡Ah, necio!

MARCIÓN: ...largo y ancho.

PRÓSPERO: Hacienda hay para los dos.

BRUNO: Alargue vida y estados
 el cielo a vuestra nobleza.

MARCIÓN: Y a mí, ración y salario.

Sale EVANDRA a la ventana

EVANDRA: ¡Qué mal hice en despedirle!
 Corta y descortés he andado.
 Cuando mi casa le niegue,

favores le dan regalos.
 ¿No se ha ido? Señor mío,
 ¿Sois vos?

MARCIÓN: Bruno serenado
 y yo somos maza y mona
 que un romadizo aguardamos.

BRUNO: Soy, Evandra de mis ojos,
 un enfermo que esperando
 que salga el sol de tu luz,
 a tus umbrales aguardo.
 ¿Quieres abrirme, mi bien?

MARCIÓN: Abra, mientras que yo abro,
 entre dormido y hambriento,
 bostezos y boca a palmos.

EVANDRA: Perdona si mis recelos
 se muestran contigo avaros,
 y el hospedaje te niega
 quien su libertad te ha dado.
 Amor es niño, y se atreve,
 si sólo y determinado
 le ofrece el tiempo y la noche
 cabellos ocasionados.
 Yo estimo tanto mi honor,
 que no ha de tocar mi mano
 quien no me la dé de esposo
 debajo del yugo santo.
 Y es esto con tanto extremo,
 que cuando hubiera llegado
 a tomármela por fuerza
 el hombre más torpe y bajo,
 o me casara con él,
 o hiciera matarle en pago
 de su loco atrevimiento.
 Esto obliga a mi recato
 a no admitirte en mi casa;
 pero si quieres despacio
 hablarme y verme, esta noche
 Lorena me ha convidado,
 que es mi amiga y es mi deuda,
 a divertir el enfado
 del calor, entreteniéndome
 juegos noches de verano.
 Dos casas vive de aquí;
 procura que nos veamos.
 Dispondremos nuestras cosas,
 y adiós. ¡Hola! dame un manto.

Vase EVANDRA

MARCIÓN: ¿Juegos sin cena? ¡Abrenuncio!
 Manden que nos echen algo,
 ya sea asado o cocido,
 que a la hambre no hay pan malo.

BRUNO: Conde, esta noche pretendo,
 temores asegurando,
 desposarme con mi Evandra,
 si ayudáis mi intento casto.
 Yo sé que ella lo desea,

y mi padre, aunque enojado,
es padre, en fin, y piadoso,
en olvido pondrá agravios.
¿Qué os parece?

PRÓSPERO: Divertido
estaba. Si desposaros
intentáis, padrino soy;
no cuidéis de costa y gastos.
Vamos a trocar vestidos
de gala.

BRUNO: A estar Alejandro
vivo ¡qué envidia os tuviera!

PRÓSPERO: (¡Oh, mujer divina!)

Aparte

BRUNO: Vamos.

PRÓSPERO: (Si con palabras hechizas,
¿que harás con los bellos rayos
que en tu hermosura contemplo?
Amor ciego, retiraos;
pensamientos, resistid,
que si cobardes Y flacos
os rendís, mi amigo ofendo;
mas con Amor no hay agravios.

Aparte

Vanse BRUNO y PRÓSPERO. Sale LAURETA a la ventana

MARCIÓN: ¡Cé, Laureta! ¡Ce! ¡Ce! ¡Ce!

LAURETA: ¿Quién llama?

MARCIÓN: Yo llamo y amo.

LAURETA: ¿Y qué me quieres?

MARCIÓN: Que me quieras.

LAURETA: Lávese primero.

MARCIÓN: Lavo
cara, sotana y manteo,
para servirte lavado.

LAURETA: ¿Y tiene agua?

MARCIÓN: No.

LAURETA: ¡Agua va!

Arrójale agua y retírase

MARCIÓN: ¡Ay! ¿Ésta es agua? Éste es caldo.
Llena está de zarandajas;
Hüeso es éste, éste estropajo.
¡Oh, ladrona! No os me iréis
al otro mundo a pagarlo.

Vase MARCIÓN. Salen ATAULFO y LORENA

LORENA: ¡Qué quieres! estoy celosa,
Ataulfo, con razón.

ATAULFO: Espuelas los celos son
de una pasión amorosa;
mas sin causa, ya tú ves

si serán, Lorena, injustos.

LORENA: Eres tratante de gustos;
grande será tu interés.
¿Qué tanto habrá que no vienes
a esta casa?

ATAULFO: Ocupaciones
impiden tanto...

LORENA: Aficiones,
dirás mejor. ¿Las que tienes
te impedirían el venir
a verme?

ATAULFO: ¡Qué tal escucho!

LORENA: Haste encargado de mucho;
no con todo has de cumplir.
Lo que no es tan importante,
que es mi honor, olvidarás.

ATAULFO: Pesada, Lorena, estás.
No pase más adelante
tu enojo, que, vive Dios,
a pensar que hablas de veras,
que a mi muerte causa dieras.
Amor puede entre los dos
hacer paces, que en cuidados
como estos, los celos son
como quien mete quisién
entre dos enamorados,
que después de estar reñidos,
pasado el primer furor,
aumenta llamas su amor
y ellos se quedan corridos.

LORENA: Ahora bien; yo te perdono
como propongas la enmienda.

ATAULFO: No hay cosa en mí que te ofenda.
Mi firmeza está en abono.
¿En qué pasatiempo piensas
pasar esta noche injurias
del calor?

LORENA: Contra sus furias
tú entretienes y dispensas,
que como amor predomina,
su fuego, y no el tiempo, abrasa.
Esperando estoy en casa
a Evandra, nuestra vecina.
Es amante suyo Bruno,
y como a honrados respetos
del Amor viven sujetos,
les doy lugar oportuno
para que se vean aquí.

ATAULFO: Bruno es cuerdo y es mi amigo.
Más a quererte me obligo
si ayudas su amor así;
pero éste debe de ser.

Sale el conde PRÓSPERO

PRÓSPERO: Ociosidad y calor
necesitan el favor,
Lorena, que entretener

sabe, cortés y discreto,
a quien se vale de vos.

ATAULFO: ¡Conde y señor!

PRÓSPERO: De los dos
buena noche me prometo.

LORENA: ¿Vueseñoría en mi casa?

PRÓSPERO: Una huésped tan bella
habéis de tener en ella,
que su memoria me abrasa.
Da licencia a mi deseo
y anima mis desatinos;
pero con tales padrinos
como en vosotros dos veo,
no saldrá mal despachado
el pleito con que he venido.

ATAULFO: Por señor os he tenido,
de serviros me he preciado,
y comprara yo ocasiones
a costa de mis desvelos
para serviros.

PRÓSPERO: Con celos
amor y imaginaciones
vengo, Ataulfo, a ampararme
de vuestro noble favor
y de Lorena.

LORENA: Señor,
serviros de mí, es honrarme.

PRÓSPERO: ¿A Evandra habéis convidado
esta noche?

LORENA: Y tarda ya.

PRÓSPERO: Bruno, que en su amor está
tiernamente transformado,
contándome sus empleos,
de suerte me encareció
su hermosura, que engendró
en mí, si no amor, deseos.
Dióle audiencia una ventana,
de mí libertad hechizo,
de donde le satisfizo
tan honesta y cortesana,
que aunque la tiniebla oscura
ver su cara me negó,
su discreción confirmó
en mis penas su hermosura;
porque alma tan discreta,
¿quien duda que en cuerpo vive
hermoso, y que la apercibe
posada en todo perfecta?
A ver por los ojos vengo
si corresponde esta dama
¿con mis dudas y su fama.

LORENA: Yo por dichosa me tengo
de que hagáis esta experiencia
en mi casa, y si a testigos
de toda verdad amigos
gustáis de dar fe en ausencia,
yo os prometo que Evandra
es envidia de la hermosura.

ATAULFO: Y en donaire y hermosura,
hija de las Gracias tres.

LORENA: ¿No basta que yo la alabe,
sin que vos seáis su orador?
PRÓSPERO: ¿Son celos?
LORENA: Celos y amor.
PRÓSPERO: Es un mixto ése süave.
LORENA: Y ésta, Evandra, que ha venido
a sacarme verdadera.

Salen EVANDRA y LAURETA con mantos

EVANDRA: Amiga.
LORENA: A quien os espera
amante, habéis ofendido.
ATAULFO: Y a esta casa, que sin vos
todo bien juzga pequeño.
EVANDRA: No echará menos su dueño
ocupándola los dos.
LORENA: Hablad al conde, a quien debo
por vos aquesta merced.
PRÓSPERO: (¡Ojos, venda os poned,
no os cieguen rayos de Febo!) **Aparte**
EVANDRA: Vueseñoría me dé
sus manos.
PRÓSPERO: (A ser de esposo, **Aparte**
mil veces yo venturoso.)
Una alma, Evandra, os dare,
que se enamoró de oiros,
y os idolatra de veros,
se eterniza con quereros,
y se honra con serviros.
EVANDRA: A no saber yo cuán largo
sois, señor, en dar favor
a medida del valor,
que siempre tenéis a cargo,
y mis méritos indignos,
o me hiciérades correr,
conde, o ensoberbecer.
PRÓSPERO: Si en esos ojos benignos,
para Bruno, y para mí
no oso decir rigurosos,
pensamientos amorosos
hallasen piedad, aquí
dará un conde que os adora
a su ventura la palma,
haciéndoos, como del alma,
de cuanto tiene, señora.
EVANDRA: Suplico a vueseñoría
que mude conversación,
que afrentarme no es razón,
aunque honrarme es cortesía.
PRÓSPERO: La verdad, por Dios, os digo.
EVANDRA: Serálo el encarecer,
pero no podré creer
que en ofensa de un amigo,
a quien su favor admite,
mientras que no desmerece
cuando su casa le ofrece,
su dama le solicite.

PRÓSPERO: Si es Bruno, culpád su amor,
 pues ofendiendo el secreto,
 aunque amante, fue indiscreto
 y necio encarecedor
 de belleza, cuya copia
 materia ha dado a mi pena,
 pues peligra en dama ajena
 y deshonra en mujer propia.

Yo estimaba su amistad,
 mas ya no será razón
 habiendo sido ocasión
 de perder mi libertad.

Dejad que mi dicha ordene,
 aunque mi lealtad estrague.
 Quien tal hace, que tal pague;
 quien tal paga, que tal pene.

EVANDRA: Yo, Conde, soy diferente
 de opinion, que es rigor grave
 que Bruno me alabe,
 olvidándole le afrente;
 y quiero que sea testigo
 de mi amor la noble llama;
 que sé hacer más firme dama
 que vos, Conde, fiel amigo.

ATAULFO: Ahorremos de intercesiones,
 Lorena, que lo mejor
 entre pependencias de amor
 es ofrecer ocasiones.

El conde es noble, y merece
 lo que Bruno es razón pierda;
 su alabanza poco cuerda
 justo castigo le ofrece.

LORENA: Quédense solos los dos,
 y averiguen sin testigos
 obligaciones de amigos
 y de amantes.

ATAULFO: (Bien, por Dios. **Aparte**
 Las luces mato, fingiendo
 que voy a despabilarlas.)

A PRÓSPERO

LORENA: Las ocasiones, gozarlas
 el que es sabio.

PRÓSPERO: Ya te entiendo.

Vanse ATAULFO y LORENA, después de apagar las luces

EVANDRA: ¡Ay, cielos! Conde ¿qué es esto?

PRÓSPERO: Fuerza, Evandra, de mi amor.

EVANDRA: Ataulfo, ¿vos traidor?

¿Vos, conde, tan descompuesto?

¿Tú, Lorena, desleal?

Soltad, conde; soltad, digo;

torpe amante, ruín amigo.

¡Soltad la mano!
 PRÓSPERO: En igual
 correspondencia, si pasa
 mi amor a lo que interesa,
 seréis mi esposa y condesa.
 Dueño seréis de mi casa.
 Quien os tocase la mano,
 oí yo que había de ser
 vuestro esposo, y sois mujer
 noble y firme, no hagáis vano
 juramento en que me va
 la vida. La mano os toco;
 yo os adoro. Yo estoy loco.
 EVANDRA: Basta, conde, basta ya.

Salen ATAULFO y LORENA con luces

ATAULFO: Bruno, Próspero, está en casa;
 sosegaos y componeos.
 PRÓSPERO: ¡Ay, amorosos deseos!
 ¿Qué hará un alma que se abrasa?

Salen BRUNO y MARCIÓN

BRUNO: Por la mano me ganáis,
 señor conde.
 PRÓSPERO: Por la mano
 que pierdo, la mano gano.
 BRUNO: ¡Qué solícito me honráis!
 MARCIÓN: Ya yo he mudado de pelo.
 ¿No me ves en otro traje,
 Laureta?
 LAURETA: ¿Es lacayo o paje?
 MARCIÓN: Laquipaje, ¡vive el cielo!
 No hay caballos que curar;
 mientras se compra un morcillo,
 a fuer de obispo de anillo,
 soy lacayo titular.
 BRUNO: Turbada, mi Evandra, estáis.
 EVANDRA: Ocasión debe de haber.
 BRUNO: Mis desdichas deben ser.
 EVANDRA: Es, sin duda.
 BRUNO: Vos bastáis
 a aliviarlas y el favor
 que por el conde consigo.
 EVANDRA: Tenéis en él un amigo
 de notable ley y amor.
 LORENA: Remitid cosas de amores
 para después, y juguemos
 un rato.
 EVANDRA: ¿A qué?
 LORENA: Bien podremos
 pasar jugando a las flores
 horas que pasadas son
 por el calor.
 PRÓSPERO: (Niño astuto, **Aparte**

en flor estáis; dadme fruto,
que no hay bien sin posesión.)
BRUNO: Sentémonos, pues, si el conde
gusta de nuestros floreos.

Siéntanse y sacan una cesta de flores

PRÓSPERO: Si a flores de mis deseos
igual fruto corresponde,
poco va de juego a fuego.
Jugando pienso abrasarme.
LORENA: Tome el conde.
LAURETA: ¿Y no ha de darme
también flores?
MARCIÓN: Ya llego
a entregarte la más bella,
y más olorosa flor,
porque sospecha mi amor,
Laureta, que estás sin ella.
LAURETA: Miente el pajilacayazo.
MARCIÓN: Esta hoja en su lugar lleva,
y taparás te como Eva
con la hoja de un lampazo.
LAURETA: Ésta es ortiga.
MARCIÓN: Perdona
si te he venido a picar,
porque así pienso pagar
el "agua va," socarrona.
PRÓSPERO: Este clavel me ha cabido.
ATAULFO: ¿A qué dama se le dáis?
PRÓSPERO: Donde vos, Evandra, estáis,
fuera mi amor sin sentido,
si duraron mis cuidados
de dárosle en esta empresa.
LORENA: El cielo os haga condesa.
ATAULFO: Dios os haga bien casados.

Levántase y quítale la flor

LORENA: Evandra y el conde vivan.
ATAULFO: Para en uno son los dos.
BRUNO: ¿Qué es eso, Próspero? Vos,
en quien mis honras estriban,
¿consentís que os intitulen
esposo de quien adoro?
MARCIÓN: (¡Por Dios, que han soltado el toro!) **Aparte**
BRUNO: No es bien que se disimulen
mis agravios. Con la espada
pienso deshacer traidores
engaños, que cifran flores
contra una amistad quebrada.
PRÓSPERO: Bruno, advertid que conmigo
no es justo que compitáis,
BRUNO: ¿Fe rompéis y flores dáis?
¿Vos sois noble? ¿Vos amigo?
PRÓSPERO: Soy noble, y por eso os dejo;

soy digno merecedor
de Evandra, y es mi valor
tal, si no mudáis consejo,
que os obligará a dejar
prenda que no merecéis.

BRUNO: ¿Cómo celos, si esto veis,
no me procuráis vengar?

ATAULFO: Bruno, en aquesta ocasión,
temed la airada venganza
del conde.

BRUNO: (Presto me alcanza, **Aparte**
padre, vuestra maldición.
Ya el amigo en quien fié
la prenda de más estima,
me usurpa.

MARCIÓN: (Al conde se arrima **Aparte**
todo hombre. Lo mismo haré.)
¡Viva quien vence!

ATAULFO: Dejad,
Bruno, locas competencias,
y veréis las experiencias
que obligan a mi amistad
a este lado contra vos.

LORENA: Bruno, a Evandra el conde adora.

MARCIÓN: Bruno, disimula agora,
que eres uno, y ellos dos.

BRUNO: Ingrata, ¿así corresponde
tu amor mudable a seis años
de penas?

ATAULFO: Los desengaños
juzguen si es mejor un conde
de quien Evandra sea esposa,
que no un pobre caballero.

BRUNO: ¿Muda estás, crúel? Ya infiero
que consientes engañosa.

EVANDRA: ¡Cielos! ¿Hay tal confusión?

MARCIÓN: Ella es una buena lanza,
fuego azul.

BRUNO: (Presto me alcanza, **Aparte**
padre, vuestra maldición.)

Sale el TÍO de Evandra

TÍO: ¿Qué alboroto desatina
la vecindad de este modo?

MARCIÓN: (¿Mas que viene el barrio todo?) **Aparte**

TÍO: Tenéos, ¿qué es esto, sobrina?

BRUNO: Bruno, ¿qué es esto? Pasiones
del amor y la amistad
son contra la deslealtad
sobre las jurisdicciones.

PRÓSPERO: Parte sois de esta causa, pues sois tío,
Artemio noble, de mi Evandra bella,
y juez habéis de ser, que de vos fío,
la sentencia en favor de mi querella.
Vendióse Bruno por amigo mío;

pero interés de Amor, ¿qué no atropella,
si es mercader que en ferias de amistades
amigos vende y compra voluntades?

A vuestra Evandra amaba, hermoso objeto
de mi ventura, y fue correspondido
seis años, aunque a costa del respeto
que a sus letras y padres ha perdido.
Desheredóle en fin, forzoso efeto
de un hijo inobediente y atrevido.
Contóme sus desgracias y pobreza,
a que acudió piadosa mi largueza;
encarecióme tanto la hermosura
de su dama; juntó merecimientos,
nobleza, discreción, gracia y cordura,
que despertó en mí nuevos pensamientos.
Quien a su dama alaba, ¿qué procura?
¿De qué sirven, decí, encarecimientos,
que aun dentro el alma los amantes sabios
recelan, cuanto y más rompiendo labios?

¿Quién alabó el manjar al deseoso
que no se lo quitase de las manos?
¿El tesoro al corsario; al ambicioso
la privanza de reyes y tiranos?
¿La empresa de valor al generoso,
joya a mujer y gala a cortesano,
ni dama a amigo, que aunque más lo fuese,
su posesion a riesgo no pusiese?

Ví su belleza; fue mi amor testigo
de lo que puede la alabanza ajena.
Juzgad si es bien que niegue por mi amigo
mi gloria propia a costa de mi pena.
Sírvale su alabanza de castigo,
pues su lengua habladora te condena,
y Evandra, pues su mano besé, hermosa,
su juramento cumpla y sea mi esposa.

TÍO: La ventura, conde ilustre,
que dais a nuestro linaje,
al ciego Amor agradezco,
si niño, con vos gigante.
Evandra, si hermosa, es cuerda,
y si elección de vos hace,
premiando su discreción,
dará valor a su sangre.
No hay duda, que os anteponga
olvidando mocedades
a Bruno, pues tal esposo
adquiere por tal amante.
Y cuando necia resista,
yo que en lugar de su padre
quedo con nombre de tío,
os la ofrezco de mi parte.
Cumplid, Bruno, mandamientos
tan dignos de respetarse,
y maldiciones temed,
siendo justas, que os alcancen.
Las letras que profesáis
seguid, pues sois estudiante,
y estudiad de hoy más por ellas

a callar, que es ignorante
 quien antes de poseer
 alaba prendas de nadie,
 que dineros y hermosuras
 siempre suelen codiciarse.
 Dale Evandra, al conde el sí
 con la mano.

LORENA: Amiga, baste
 la resistencia que has hecho,
 porque condesa te llames.
 Perdióte por hablador
 quien no supo conservarte.
 Fue necio; el conde, cuerdo.
 Quien tal hace, que tal pague.

ATAULFO: ¡Cuánto es mejor para esposo
 quien sólo de oír nombrarte
 te amó, que quien por hablar
 conservar su amor no sabe!
 Bruno es pobre, el conde rico,
 las maldiciones de un padre
 es fuerza que participes
 cuando con Bruno te cases.
 Amor es fuego y sin oro
 será fuerza que se apague,
 que es la leña que le aumenta.
 Méritos del conde sabes;
 escarmiente Bruno en tí,
 y si, ame otra vez, no alabe
 bellezas que perder puede.
 Quien tal hace, que tal pague.

LAURETA: Si se ha de tomar mi voto,
 danos señor que nos mande
 rico y noble, que se muere
 entre pobres amor de hambre.
 Agarra una señoría,
 visita esposas de grandes,
 llévente en silla a la iglesia
 y en carroza por las calles.
 Quédese Bruno por bruto,
 y pues es pobre, eche un guante,
 que si por hablar te pierde.
 Quien tal hace, que tal pague.

EVANDRA: Pues todos me aconsejáis
 lo que también puede estarme,
 y Bruno por hablador
 es digno de castigarle,
 con la mano doy el alma
 a Próspero, cuerdo amante;
 que ya de derecho es suya,
 si palabras satisfacen.
 No será bien que por mí,
 Bruno, pierdas calidades,
 como tu padre me dijo
 su ponderado linaje.
 A tu sotana te vuelve,
 deja galas arrogantes,
 cursa escuelas, mira libros,
 no eres pobre, mucho sabes.
 Restituye plumas leves
 con que ligero volaste

desde el sombrero al papel,
que pueden eternizarte,
y a un padre restituido,
cuando obediente le agrades.
Dios te haga un gran letrado,
como te hizo un necio amante.

Vanse todos menos BRUNO y MARCIÓN

MARCIÓN: ¡Pardiós, señor, que nos dejan
de paticas en la calle!
Tú sin dama, yo sin moza;
yo sin blanca, y tú sin padre.
¿Qué diablos hemos de hacer?
Si admitir consejos sabes
como perder ocasiones,
lo que puedo aconsejarte
es que del pródigo imites
el remedio, y cuando guardes
a los cerdos de su historia
harás la segunda parte;
que yo me voy a cumplir
maldiciones de mi madre,
que me dijo, "Yo te vea,
plegue a Dios, ventero o fraile."
A lo primero me acojo.
Quédate a Dios que te guarde,
que pues alabaste de necio.
Quien tal hace, que tal pague.

Vase MARCIÓN

BRUNO: Quien maldiciones no teme,
razón será que le alcancen;
quien en amigos confía,
bien merece que le engañen,
quien guarda en cofres de vidrio
tesoros que han de quebrarse,
siembra arena, funda en viento,
fía en juegos, carga en naves,
cuando sus pérdidas sienta,
ni se queje, ni se aparte;
porque amigos y mujeres
vidros son, que no diamantes.
¡Oh, desengaños del mundo!
Cúrenme vuestras verdades,
pues experimento en mí
el desengaño más grande.
¿Con qué ojos podré volver
a los ojos de mi padre,
que no los ciegue mi afrenta,
que su rigor no me ultraje?
¿Volveré a cursar escuelas?
No, que aunque puedan honrarme,
mientras viviere he de ser,
si desdichado constante.

Pues ni en letras, ni en amores
 tuve dicha, condenarme
 quiero a la guerra, castigo
 de vicios y mocedades.
 Adios, patria; adios, amores;
 adios, amigos mudables;
 crüel padre, casa ingrata;
 mujeres interesables,
 que si hazañas dan ventura,
 hoy tengo de aventurarme,
 y dejar ejemplo en mí
 del desengaño más grande.

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Sale ENRICO, emperador, y SOLDADOS con escalas y espadas desnudas

ENRICO: ¡Ea, nobles alemanes,
 hecha está la batería!
 Muestren hoy mis capitanes
 que en galas y bizarría
 son fuertes, como galanes.
 No os asombre el muro alto,
 de valor y esfuerzo falto,
 pues cuando no hubiera escalas,
 la fama os diera sus alas.

TODOS: ¡Ea! ¡Al asalto! ¡Al asalto!

ENRICO: ¡Arriba, amigos, arriba,
 que ya la gente tirana
 de esfuerzo y valor se priva!
 ¡Viva la fama alemana!

UNO: ¡Viva Enrique cuarto!

TODOS: ¡Viva!

Sale MARCIÓN, armado a lo gracioso

MARCIÓN: ¡Viva lo que Dios quisiere,
 y viva Marción también,
 que es un borracho el que muere!

ENRICO: ¡Ea, soldados!

MARCIÓN: ¿No ven
 que quedo se está? Si quiere
 que el soldado fuerte sea,
 justo es que a su dueño vea
 que la bandera enarbola.
 Todo amo manda con "hola,"
 todo emperador con "ea."
 ¡Cuerpo de Cristo! consejos
 deje, y hazañas celebre
 quien honra soldados viejos,
 que si el capitán es liebre,
 los soldados son conejos.

A MARCIÓN

ENRICO: ¿Qué vos, soldado, aquí?
 ¿cómo no subís?

MARCIÓN: Subí,
 y siendo, señor, soldado,
 ya pienso que soy quebrado,
 y busco un braguero. Fui
 al asalto y confusión,
 y huyendo de su apretura,
 no quise hacer la razón,
 que brindan con confitura
 de bellaca digestión.
 Manteles puestos consuelan
 mesas, que el manjar revelan
 sobre bufetes seguros,
 pero no lienzos de muros,
 que golpes se desmantelan.
 "Brindis," dijo un artillero;
 "Caraus," respondí, "patrón,"
 y el maldito tabernero,
 diciendo, "haced la razón,"
 desató en lugar de cuero
 un esmeril, que reparo
 pecho por tierra al amparo
 de un foso en el campo nuevo;
 y respondile, "No bebo
 en ayunas de lo caro."
 "Pues vaya este perdigón,"
 replicó, y al punto arruga
 un mosquete el bellacón.
 Yo dije, "Está sin pechuga,
 y hoy hago yo colación."
 Dile lugar por la yerba,
 y él replicó, "Pues reserva
 su vida; mientras que ayuna,
 allá va aquesta aceituna
 y esta naranja en conserva."
 Arrojóme de repente
 dos pelotas enramadas,
 y respondile, "Pariente,
 aquesas nueces moscadas
 vendedlas con aguardiente."
 "Que me place," dijo luego,
 y como el caballo griego,

un infierno junto arroja;
 mas diciendo, "El diablo coja
 letuario envuelto en fuego."

Retiréme a las barreras,
 que no es poca valentía,
 porque si entre tus banderas
 hoy juega la artillería,
 yo soy hombre muy de veras.

ENRICO: Vos sois un cobarde.

MARCIÓN: Y tal,
 que no hallaréis igual;
 pero todo hombre de bien
 come lo que le está bien,
 y no lo que le hace mal.

***Sale al muro BRUNO, y enarbola una bandera con las
 armas del imperio***

ENRICO: ¡Bravo valor! ¿Quién ha sido
 aquel soldado valiente,
 el primero que ha subido
 al muro, para que afrente
 al enemigo vencido?

Las águilas que enarbola,
 blasón de la augusta bola,
 por su alférez le tendrán.

MARCIÓN: ¡Vitor Bruno, capitán!
 Y a quien le pesare, cola.

ENRICO: ¿Bruno se llama?

MARCIÓN: Y mi dueño
 que la pluma por la lanza
 trocó, y en tiempo pequeño,
 si en escuelas fama alcanza,
 aquí es un Marte aguileño.

No fue Hércules con Caco
 tan valiente, ni de Baco
 tan grande valor publico.

UNOS: ¡Victoria! ¡Victoria!

OTROS: Enrico.

TODOS: ¡Viva Enrico!

OTROS: ¡Al saco, al saco!

Salen MILARDO y SOLDADOS

MILARDO: Si tu augusta majestad
 pretende gozar despojos,
 de esta rendida ciudad,
 yo he visto dos soles rojos
 de más divina beldad.

No es digno su resplandor
 sino de un emperador;
 mas si no los goza Enrico,
 premia hazañas, te suplico,
 de Milardo con mi amor.

Cuando el oro a todos sobre,
 merezca yo que posea

belleza que mi fe cobre,
 que no es bien que presa sea
 de un soldado humilde y pobre.
 Por sólo aqueste interés,
 pídemme hazañas después
 a medida de tu gusto.

Salen BRUNO y VISORA

BRUNO: Un soldado, invicto augusto,
 sus labios honra a tus pies.
 ENRICO: No están, Bruno, bien premiados
 así, ni su fama abonas,
 que yo los vi levantados
 hacer de muros coronas,
 por tu esfuerzo conquistados.
 Brazos tengo con que honrarte,
 si a falta de los de Marte,
 los de un emperador son
 bastantes.
 BRUNO: Por tal blasón,
 otra vez quiero besarte
 tus sacros pies; pero ¿quien
 te dijo mi nombre?
 ENRICO: Den,
 a pesar de olvidos viles,
 los pinceles y buriles
 fama y nombre a cuantos ven
 las hazañas que este día
 te ilustran, y no te asombres
 que sepa tu nombre; fía
 de mí, que inmortales nombres
 te ha de dar tu valentía.

Reparando en VISORA

BRUNO: ¡Qué belleza celestial!
 De tu valor imperial
 es sólo merecedora.
 ENRICO: ¿Cómo te llamas?
 VISORA: Visora.
 ENRICO: Dí, serafín celestial.
 Cuando sólo conquistaras,
 Bruno, esta sin par belleza,
 hazañas aventajaras
 de cuantas la fortaleza
 celebra en bronces y en aras.
 Di quién eres pues que das
 mientras que triunfando estás
 la fama que noble adquieres,
 porque cuanto menos fueres,
 yo pienso ensalzarte más.

BRUNO: Colonia, augusta ciudad,
 César y monarca invicto,

tan ilustre entre modernos,
tan celebrada de antiguos,
es mi patria, y tengo en ella
un padre prudente y rico,
de sangre calificada
entre ilustres y patricios.
Nací solo, vinculando
el amor, que repartido
suele ser en otros padres
menos, siendo más los hijos.
Estudié felicemente,
dando muestra en mis principios
de fertilizar con letras
la fama que adquieren libros.
Graduéme de maestro;
llevé entre ingenios divinos,
cátedras que autorizaron
mis años entretenidos.
Gustara mi viejo padre
que echara por el camino
de la iglesia, por tener
algunos deudos obispos;
pero, Amor, más poderoso,
rayo dios, gigante niño,
para cuya resistencia
suelen ser diamantes vidros,
sujetó mis verdes años
al más hermoso prodigio
que encareció la belleza
entre sus dulces hechizos.
Evandra, ilustre, si pobre,
destrucción de mi albedrio,
prisión de mi libertad
y cárcel de mis sentidos
enamorándome honesta,
multiplicó desvaríos,
tiranizó libertades,
y dió materia a suspiros.
Quíseme casar con ella;
pero mi padre, ofendido
de ver malograr mis letras,
ya con consejos prolijos,
ya con ruegos paternales,
ya con enojos fingidos
y maldiciones de veras,
impedir mi intento quiso.
Entre amenazas y miedos
en su presencia me dijo,
"Plegue a Dios te sea traidor,
Bruno ingrato, el más amigo,
la prenda por quien me dejas
te quite a tus ojos mismo;
ella te desprecie, odiosa,
pagando amor con olvido."
¡Ay, Dios! ¡qué bien se cumplió!
No pasaron, señor, siglos,
años y horas, que los cielos,
con desdeñoso castigo,
en fe de estas maldiciones,
el conde Próspero, indigno

de la amistad profanada,
que le llamaba Zopira,
enamorado de Evandra
y ella del estado rico,
que interesó con quererle,
dando a sus quejas oídos,
juntáronse en yugo ciego,
dejando desvanecidos
deseos, entre esperanzas
de seis años de servicios.
Casáronse al fin los dos,
y viéndome aborrecido
de mi padre, de mis deudos,
y lo que es más, de mí mismo,
salí a buscar muerte honrosa,
creyendo hallar el olvido,
de celos desesperados,
entre armados enemigos.
Supe que aquesta ciudad,
rebelde al valor invicto
de tu majestad cesárea,
temor del planeta quinto,
te negaba la obediencia,
y sus infieles vecinos,
armándose contra ti,
despreciaban tus edictos;
que con tu campo imperial
la ponías cerco y sitio,
honrando con tu presencia
tus alemanes presidios.
Alistéme por soldado,
batióle el muro prolijo,
postrando montes de piedra,
abortos del fuego en tiros.
Hízose la batería,
y publicaron los bríos
de tu venganza el asalto,
de los rebeldes castigo.
Celos y amor con desprecio
pudieron tanto conmigo,
que desesperado y loco,
alentado de los gritos
con que animabas cobardes,
no hazañas, mas desatinos,
me subieron el primero
sobre los muros altivos
de la rebelde ciudad,
y sobre el mayor castillo
las águilas imperiales
puse, si amante, atrevido.
Bajé al saco, codicioso,
y mientras despojos ricos
robaba el atrevimiento,
llorando viejos y niños,
en el más noble palacio
que ilustra con edificios
la ya rendida ciudad,
entro, y de rodillas miro
a los pies de un vil soldado
el asombro peregrino

de esta belleza hechicera,
 si hermosuras son hechizos.
 Determinaba forzarla
 sin refrenar sus suspiros
 torpezas que en pechos viles
 se rinden al apetito.
 Impedíselo, piadoso,
 pedísela, comedido,
 a rescate, y respondiome
 soberbio y desvanecido.
 Pero yo, que de ordinario
 al noble acero remito
 lo que la lengua no alcanza,
 de amor y vida le privo.
 La noble presa consuelo,
 su honor precioso redimo;
 pagado en perlas que llora
 y ensartan preciosos hilos.
 Supe que era única prenda
 del más ilustre vecino
 de esta ciudad, que a tus armas
 muerto, pagó sus delitos;
 y juzgando su belleza
 por intercesor, benigno,
 contra tu enojo severo,
 a tus pies, augusto invicto,
 la presento, confiado
 que premiando este servicio,
 y consolando estos ojos,
 perdonarás los rendidos.

ENRICO: Con muchas obligaciones,
 Bruno, noble, has adquirido
 el favor que hacerte pienso,
 de tus nobles partes digno.
 Hidalga sangre te ilustra,
 letras te han engrandecido,
 hazañas te dan valor,
 despojos me has ofrecido
 merecedores de premios,
 no sé si diga divinos,
 pues me confieso, aunque César,
 de tu cautiva, cautivo.
 Siendo, pues, Bruno famoso,
 cuerdo, sabio, bien nacido,
 valeroso y liberal,
 justo es ser agradecido,
 y honrar mi paz y mi guerra
 desde este punto contigo.
 Acreditando privanzas,
 que en ti ilustrar determino,
 gobierna mi augusto estado,
 y entre las armas y libros,
 da consejos y haz hazañas,
 reparte cargos y oficios.
 Esa divina hermosura
 en tu lealtad deposito;
 sé alcaide de ese tesoro
 y ángel de ese paraíso.
 Celos de la emperatriz
 temo que han de ser castigo

del amor con que me abrasa.
 No la vea, que imagino
 que la vida han de quitarla
 mis forzosos desatinos,
 puesto que a quererlo el cielo,
 le agradeciera propicio.
 Si en las sienas de Visora
 pudiera el laurel invicto
 de mi corona ufanarse,
 o la que al sol dora signos.
 Mi esposa, Bruno, es aquésta
 que a recibirme ha venido
 desde mi corte imperial.
 Mientras que favores finjo
 con que a los suyos engañe,
 sirve a quien el alma humillo;
 guárdamela cuidadoso,
 y haz que tenga amor a Enrico.

Vase el emperador ENRICO

BRUNO: ¡Oh, maldiciones dichosas!
 ¡Oh, amorosos laberintos,
 en los fines provechosos,
 si fieros en los principios!
 ¡Oh, desdenes bien premiados!
 ¡Desengaños no entendidos!
 ¡Amistades mal pagadas!
 Ya os adoro, ya os estimo.
 Por vosotras honra adquiero,
 a privanzas me sublimo,
 cargos intereso honrosos,
 mi sangre noble autorizo.
 Si a logro pérdidas dan
 tal ganancia, desde hoy digo
 con César, que me perdiera
 si no me hubiera perdido.

VISORA: Añade a esas dichas todas,
 si a mi amor, Bruno, te obligo,
 la voluntad que te tengo,
 y en vano honesta resisto.
 Bruno, tu cautiva soy,
 de atrevimientos lascivos
 de un soldado me libraste,
 de mi honor defensa has sido;
 agora, pues, que deudora
 la fama que has ofendido,
 premios te ofrece del alma
 que en medio del pecho cifro,
 ¿será razón que violentes
 tan generosos principios,
 y consientas que profane
 lo que defendiste, Enrico?
 No lo permitan los cielos,
 ni el valor que he conocido
 en tu invencible nobleza,
 a quien mi esperanza rindo.
 Padres ilustres me han dado,
 si no dicha, nobles bríos

para defender mi fama,
 que ya por tuya la estimo;
 del soldado me libraste,
 líbrame también de Enrico,
 que no mudan la deshonra,
 Bruno, sujetos distintos.
 Mi dueño eres, sé mi esposo;
 tesoros tengo infinitos
 de la fuerza de la guerra
 seguramente escondidos.
 En la calidad te igualo,
 y en el amor excesivo
 te llevo tantas ventajas
 como es el tuyo testigo.
 Con honra, Bruno, me hallaste;
 con ella también te pido
 me dejes, o no te nombres
 de honor y nobleza digno.

BRUNO: Visora, los desengaños
 sonaron locos hechizos
 en mí de promesas vanas,
 que ya sepulta el olvido.
 No más crédito engañoso,
 no llantos de cocodrilos,
 pues escapé, gloria al cielo,
 seguro de sus peligros.
 El emperador te adora;
 es mi señor, yo le sirvo;
 tú eres suya de derecho,
 por despojo le has cabido.
 No afrentan deshonras reales;
 pues tu fortuna lo quiso,
 ama al César, y perdona.

MARCIÓN: (A eso voy y aqueso digo.)

Aparte

VISORA: ¡Oh, avariento mercader!
 ¡Que el interés ha podido
 tu valor poner en venta,
 y la fama que te fio!
 Pues mira bien lo que haces,
 que si pierdo el honor mío
 por tu causa, he de trocar
 en rigores vengativos
 el amor que te he mostrado.

BRUNO: Anda, y deja desatinos.

Vase VISORA

MARCIÓN: ¿Y yo podréme volver
 a mi lacayil oficio
 y servirte?

BRUNO: Si, Marción;
 que puesto que ingrato has sido,
 quiero perdonar tus faltas.

MARCIÓN: Ya son chazas, señor mío;
 pelota rasgada soy,
 pero si medro un vestido,
 vuelto a tu casa dirás.
 vuelve a casa pan perdido.

**Vanse los dos. Salen la EMPERATRIZ, MILARDO y
acompañamiento**

EMPERATRIZ: ¿Que es tan bella, Milardo, la cautiva?

MILARDO: Ojos deslumbra y ánimos derriba,
vencida vencedora,
a mí me hechiza, al César enamora.
Si no ataja con tiempo sus desvelos,
en el infierno de la envidia y celos
llorará vuestra alteza
competencias de amor en su belleza.

EMPERATRIZ: No tendrá Enrico, a quien el alma he dado,
el gusto de su amor tan estragado,
que puesto que en ausencia
cualquier belleza me haga competencia,
ya que le he visto alegre, me prometo
las ventajas de amor, siendo su objeto.
Pero ¿quién fue el soldado
que, atrevido, tal presa ha presentado
al César, dando causa a mis enojos,
materia a celos y a su amor despojos?

MILARDO: Bruno, extranjero y pibre,
porque soberbia la bajeza cobre,
más loco que valiente y animoso,
subió el primero al muro temeroso,
enarbolando al viento,
águilas del imperio, en cuyo asiento
fijando el estandarte, dio materia
a su ventura y fin a su miseria,
pues obligado Enrico
a su esfuerzo o locura, certifico
a vuestra majestad que le ha entregado
en guerra y paz vuestro imperial estado.
É:ste, rendido el muro,
a la ciudad bajó, donde seguro
de la muerte, que a míseros perdona,
mientras el campo el saco real pregona,
despreciando riquezas,
despojos busca sólo de bellezas;
y salióle dichosa su fortuna
aun hasta en esto, pues hallando una
ostentación hermosa
de la naturaleza prodigiosa,
a Enrico la presenta,
con que su fama y su favor aumenta,
pues rendido el Augusto a sus amores,
de cargos carga a Bruno y de favores.
Los despachos le entrega
de este imperio; que en fin, es pasión ciega
la voluntad enamorada y loca,
y no es el alma a resistencias roca.
En fin, Bruno, señora,
es el depositario de Visora,
y porque guarda al César la cautiva,
el imperio gobierna, y con él priva.

EMPERATRIZ: Subió el villano presto;
presto caerá del encumbrado puesto.

Medios ruines no son escalones
 que iustentan privanzas y ambiciones
 y más si los derriban
 celos y agraviós que en furor estriban.
 Mujer soy agraviada y poderosa;
 para su muerte basta estar celosa.
 Mas ¿qué es esto?

**Salen LEIDA, dama, con guitarra, y dos SOLDADOS que
 la conducen prisionera**

SOLDADO 1: A tu alteza
 prisionera presento esta belleza,
 que huyendo de la furia
 que a esta ciudad castiga por su injuria,
 estos montes vagaba
 y sus penas cantando disfrazaba,
 pues con su melodía
 orbes paraba y vientos suspendía.

EMPERATRIZ: ¿Eres música?

LEIDA: Templo
 males con la paciencia, y al ejemplo
 de los trabajos míos,
 suspendo con acentos desvaríos;
 y como es propio efeto
 de la música obrar en el sujeto
 según sus calidades,
 aumentando a tristezas soledades,
 y al contento alegría,
 penas, cantando, a penas añadía;
 que el triste, gran señora,
 mejor entonces canta cuando llora.

EMPERATRIZ: Si la música aumenta
 la pasión del sujeto en quien se asienta,
 canta envidia y desvelos,
 porque celos aumentes a mis celos;
 crecerá la esperanza
 que tengo, en mis agravios, de venganza.

Canta

LEIDA: *"El que buscare ponzoñas
 de tal virtud y poder
 que maten a sangre fría,
 busque celos en mujer.
 El que venganza desea
 contra el olvido y desdén,
 que dan la muerte viviendo,
 busque celos en mujer.
 Quien basiliscos buscare,
 áspides quisiere ver,
 y onzas, hurtados sus hijos,
 busque celos en mujer."*

EMPERATRIZ: Basta, no prosigas más;

todo aqueso vengo a ser,
ponzoña, venganza, tigre,
basilisco y áspid fue
contra Bruno mi sospecha.
De mi venganza crüel
verá efectos, pues que loco
buscó celos en mujer.

Vase la EMPERATRIZ

SOLDADO 1: ¿Qué esto? La Emperatriz
arrojando rayos fue
por los ojos; si sus perlas,
llamarlos rayos es bien.

MILARDO: Celos la abrasan el alma,
y de su infierno crüel
siento penas inmortales
en que me abraso también.
Envidia de la privanza
en que encumbrado se ve
este Bruno venturoso,
en mí muestra su poder.
Pero canta, Leida hermosa,
que si la música es
suspensión de penas tristes,
las que siento suspéndré.

Canta

LEIDA: *"El que en los príncipes fia,
y a la cumbre del poder
por el favor va subiendo,
mire cómo asienta el pie.
Por escaleras de vidro
sube el privado más fiel,
y es fácil cuando descienda
o deslizar o romper."*

**Sale BRUNO, lleno de memoriales que le van dando, y
MARCIÓN, con él suspéndense oyendo cantar**

*"Aun en el cielo no tuvo
seguridad Lucifer,
pues no hubo más de un instante
desde el privar al caer.
Efímera es la privanza,
mudable el más firme rey.
Hoy derriban disfavores
al que ensalzaron ayer."*

Vanse todos cantando, y quedan BRUNO y MARCIÓN

- BRUNO: ¡Que mal pronóstico anuncia
la música que he escuchado.
Del agosto soy privado.
¿Si mi caída pronuncia
el acento temeroso
que agora acabo de oír?
Hoy que comencé a subir,
¿el caer será forzoso?
Fui desdichado en amores;
por la guerra los dejé,
a Enrico el cuarto obligué;
mas mujeres y señores
son fábricas sobre el viento
porqque el amor y, privanza
ponen silla en la mudanza,
y es peligroso su asiento.
- MARCIÓN: ¡Qué lleno de peticiones
te ha ocupado la ambición!
Ayer dabas petición
al poder, hoy las dispones.
A tal subir y privar
presto ser monarca esperas.
- BRUNO: Acertáras si dijeras,
a tal subir, tal bajar.
- MARCIÓN: ¿Pues qué tienes que temer?
¿Qué recelo hay que te espante?
- BRUNO: ¿Que no hubo más que un instante
desde el subir al caer?
¡Oh, riesgo de la ambición!
¡Oh, peligros de un vasallo!
- MARCIÓN: No hay hombre cuerdo a caballo,
pero tente tú al arzón,
pues con la carrera arrancas,
y luego no tengas miedo,
aunque también yo caer puedo,
porque en fin voy a las ancas.

Sale ENRICO

- ENRICO: Bruno, como es niño Amor,
no sabe tener sosiego;
atormenta, como es fuego;
da priesa, como es furor.
Al hermoso resplandor
de Visora cera he sido;
Ícaro soy, que he caído
del cielo de mi grandeza;
las plumas de la firmeza
a su sol se han derretido.
¿Parécete que pretenda,
mis tormentos dilatando,
sus favores obligando,
y que entretanto me encienda,
o que enamorado ofenda
leyes de la cortesía,
y gozándola este día,
aunque obligaciones tuerza,
muestre al mundo que no hay fuerza,

en poder ni en monarquía?
 BRUNO: Gran señor, el dar consejos
 es de la privanza oficio,
 y el estar en tu servicio
 puede suplir años viejos.
 Los príncipes son espejos
 del mundo, y tú en el sagrado
 solio imperial asentado,
 es razón que alumbres más.
 ¿Y qué luz después darás
 si eres espejo quebrado?
 Visora al fin es mujer,
 que, aunque cautiverios llora,
 y su muerto padre agora,
 después te vendrá a querer.
 La justicia en el poder
 su conservación confía;
 ampara la monarquía
 la nobleza y opinión,
 porque el poder sin razón
 más parece tiranía.
 Aunque eres emperador,
 no has de usar, en cuanto amante,
 del poder siempre arrogante;
 que ruegos vencen a Amor.
 Sirve, no en cuanto señor,
 sino como enamorado;
 ruega y regala humillado,
 si al desdén quieres vencer,
 que no es árbol la mujer
 que ofrece el fruto forzado.

ENRICO: Si no fueras más valiente
 que eres sabio consejero,
 no debieras al acero
 mi privanza.

MARCIÓN: Bruno, tente.

ENRICO: Persúádesme elocuente
 que no pretenda a Visora
 por fuerza cuando la adora
 el alma que la entregué;
 pero ya, villano, sé
 que en mi ofensa te enamora.

Suelta la llave que ha sido
 guarda suya, y la ocasión
 de tu privanza.

MARCIÓN: (Al arcón, **Aparte**
 ¡cuerpo de Dios!)

BRUNO: Si ofendido
 estás porque persuadido
 de mi lealtad te aconsejo,
 perdóname, que ya dejo
 desde aquí de aconsejar,
 porque te puedo quebrar
 siendo, gran señor, mi espejo.
 Como la verdad es dura,
 quiebra tal vez el cristal.
 Yo, gran señor, hablé mal;
 la lisonjeada ventura
 es blanda, y así asegura
 vidrios siempre delicados.

Lisonjeros sean criados
y pastores lisonjeros,
por humildes, verdaderos,
y por serlo, despreciados.

Yo estoy tan lejos, señor,
de ofenderte, siendo amante,
cuanto desde aquí adelante
con recelo y con temor
de caer de tu favor.

Goza a Visora y procura
tu esperanza hacer segura,
que cuando a tus plantas ven
el mundo, no será bien
resistirte una hermosura.

MARCIÓN: (Eso sí--¡cuerpo de Dios!-- **Aparte**
vístete del mismo paño;
viva y venza aquí el engaño,
y medraremos los dos.)

BRUNO: (Padre, si os creyera a vos, **Aparte**
mis estudios prosiguiera,
y en riesgos no me metiera
del favor y la privanza.
Vuestra maldición me alcanza,
cuanto justa, verdadera.)

ENRICO: Hoy, Bruno, a privar empiezas.

Si te quieres conservar,
sombra has de ser y imitar
en palacio las grandezas.
Vuelve a consolar tristezas,
que si tu discreción sabe
agradarme, el cargo grave
gozarás que te di agora.
Sácame, Bruno, a Visora;
tráela aquí; toma la llave.

Pero, detente, que viene
la emperatriz.

BRUNO: (¡Ay, de mí! **Aparte**
¿Que el palacio trata así
a quien con honras mantiene?
¿Que tan flaco asiento tiene
en él el sublime puesto?
¡Subir y bajar tan presto!)

Sale la EMPERATRIZ

EMPERATRIZ: ¡Gran señor!

ENRICO: Esposa mía.

EMPERATRIZ: ¿Qué nueva melancolía
os entristece? ¿Qué es esto?

ENRICO habla aparte a BRUNO

ENRICO: Si tú obediente cumplieras
lo que te mandó mi amor,
y necio aconsejador,
mis deseos no impedirías,

ni mis tormentos crecieras,
 ni a mi esposa alborotaras,
 haciendo sospechas claras
 que ha visto en mi turbación...
 EMPERATRIZ; ¿No merece mi afición
 que me hables? ¿No te declaras?
 ENRICO: Entronizar un villano,
 necio y desagradecido,
 causa de mi enojo ha sido.
 Dile indiscreto la mano,
 subió por el viento vano,
 y al mismo paso ha de ser
 fuerza que vuelva a caer:
 pregúntale lo demás.

Vase ENRICO

EMPERATRIZ: ¿De aquesa suerte te vas?
 Celos tengo, y soy mujer.
 Satisfacerlos conviene.
 Ven acá. ¿Por qué ocasión,
 con tan grande indignación,
 contra ti enojos previene?
 BRUNO: La culpa esta llave tiene,
 en que me premia y castiga
 quien al silencio me obliga,
 que ha de eslabonar mis daños
 por no creer desengaños.
 Ella la verdad te diga.

**Da la llave a la EMPERATRIZ y vase BRUNO.
 MARCIÓN se finge mudo**

EMPERATRIZ: ¿Hay tal descomedimiento?
 Sin responderme se fue.
 Yo, villano, humillaré
 vuestro desvanecimiento.
 Presto seréis escarmiento
 de lo que el favor se muda.
 Satisfaced vos mi duda,
 llave, pues que la sabéis;
 pero cuerda me diréis
 que sois secretaria muda.
 É:ste debe ser criado
 del arrogante extranjero;
 saber de él la causa quiero
 por qué Enrico va indignado.
 MARCIÓN: (¿No es bueno, que me he quedado **Aparte**
 en el potro, donde dudo
 decir, aunque no desnudo,
 la maraña de esta danza?
 Todo este mundo es mudanza.
 ¡Por Dios que he de hacerme mudo!)
 EMPERATRIZ: ¡Hola!
 MARCIÓN: (Ya empieza a olearme. **Aparte**
 Desahuciado debo estar.

EMPERATRIZ: ¿Quién sois?
 MARCIÓN: (Oír y callar, **Aparte**
 si es que pretendo escaparme.)
 EMPERATRIZ: No temáis; llegad a hablarme
 ¿Servís a Bruno?
 MARCIÓN: (Diré **Aparte**
 por senas que no lo sé,
 ni lo que me dice entiendo.)
 EMPERATRIZ: ¿No me respondéis?
 MARCIÓN: (Pretendo **Aparte**
 de mi lealtad dar hoy fe.)
 EMPERATRIZ: ¿Qué tiene el emperador?
 ¿Por qué se partió severo?
 ¿Qué llave es esta?
 MARCIÓN: (El primero **Aparte**
 que sirve y no es hablador,
 he sido.)
 EMPERATRIZ: Acaso es traidor
 con el César vuestro dueño;
 ¿No me respondes si sueño?
 ¿Sois mudo? Dice que sí.
 Mas mudo en tal traje aquí,
 ¿es o no?
 MARCIÓN: (Cielo risueño, **Aparte**
 lleva mi engaño adelante,
 y sácame de este aprieto.)
 EMPERATRIZ: É:ste me encubre el secreto
 con engaño semejante;
 mas no pasará adelante
 su cautelosa afición.
 ¡Hola!
 MARCIÓN: (Tres con ésta son **Aparte**
 las oleadas. ¿Qué mar
 te pudiera hacer tragar
 tantas olas, dí, Marción?)

Sale MILARDO con algunos SOLDADOS

MILARDO: ¿Llama vuestra Majestad?
 EMPERATRIZ: Sí, Milardo. Aqueste mudo,
 de cuyas cautelas dudo,
 de un pino al punto colgad.
 MARCIÓN: (¡Cuerpo de Dios! Lengua, hablad **Aparte**
 y molamos de represa.)
 Gran señora, a mí me pesa
 de no haberte respondido.
 Imágen conmigo has sido
 de milagros. Digo...
 SOLDADO 1: Apríesa.

MARCIÓN: ...que yo me llamo Marción,
 sirvo de lacayo a Bruno.
 Fuéle el amor importuno,
 y por aquesta razón
 dejó estudios, aunque sabio;
 dejó amores, aunque ciego;
 dejó padres, galas, juego,

celos, desdenes y agravio.

Vino a la guerra, seguíle;
subió el muro, y ayudéle;
venció la ciudad, loéle;
honróle Enrico, y servíle.

Presentéle cierta dama,
enamórese de vella,
hízole custodio de ella,
fue mariposa en su llama.

Quisola agora forzar,
fuéle a la mano mi dueño;
esto del privar es sueño;
comenzóse a desgraciar.

Quitóle el César la llave,
temió Bruno el tropezón
mudó cuerdo de opinión,
que quien miente, privar sabe.

Díjole que hacía muy bien,
que pues era emperador,
aprétase con su amor.

Ayudéle yo también;
réstituyóle a su gracia;
iba a sacar a la moza,
pero todo lo destroza
si se emperra una desgracia.

Salió entonces vuestra alteza,
fue perro del hortelano,
vio su amor, Enrico, en vano,
dióle su estorbo tristeza,
trocó el favor en desdén;
fuése, acabóse la historia.
Aquí gracia y después gloria
por siempre jamás, amén.

SOLDADO 1: Mudo que habla de ese modo,
¡fuego en él! Callar y huír.

MARCIÓN: Reventaba por parir
y eché las parias y todo.

EMPERATRIZ: Yo he quedado satisfecha,
celosa y desengañada,
si con la verdad airada
libre de amor en sospecha.

No gozará su esperanza
el mudable emperador,
ni el villano intercescor
de sus gustos, su privanza.

Toma, Milardo, esta llave,
goza la ocasión, discreto;
saca esa mujer, efeto
de mi agravio y pena grave.

Llévala de aquí, no viva
donde pueda darme enojos,
ni hechizar con torpes ojos
al César, loca y lasciva.

Su jurisdicción te entrego;
goza su amor entretanto
que yo entre penas y llanto
de menosprecios me anego.

Vase el EMPERATRIZ

MILARDO: ¡Oh, llave de mi esperanza,
 remedio de mi temor,
 premio justo de mi amor,
 y de mi envidia venganza!
 Perdone el emperador,
 que si su vasallo fui.
 Amor, que es dios, puede en mí
 más; así obedezco a Amor.
 Sacaré la prenda hermosa
 que mi lealtad atropella;
 desterraréme con ella,
 que si la patria amorosa
 menosprecio por Visora,
 patria, riqueza y ventura
 llevaré con su hermosura,
 y serviré a mi señora.

Vase MILARDO

SOLDADO 1: ¡Lindamente desbucháis!

MARCIÓN: El temor causarlo pudo.
 Hacéos vos media hora mudo,
 veréis después lo que habláis.

SOLDADO 1: ¿Hácenlo así los discretos?

MARCIÓN: Para hinchazón tan odiosa
 es medicina famosa
 una gaita de secretos.

Vanse todos. Sale VISORA

VISORA: ¿Qué es esto, soberbia mía?

¿Quién os humilló tan presto
 a las leyes del Amor
 y injurias del menosprecio?
 ¿Vos de Bruno desdeñada,
 cuando pagaban deseos
 de espíritus generosos
 el ver mis ojos risueños?
 ¿Yo, ayer de amor simulacro,
 que a idólatras pensamientos
 pagaba en desdenes locos,
 siendo adorada por ellos,
 de un pobre soldado agora
 menospreciada y a riesgo
 de que mi fama profane
 Enrico, amante soberbio?
 Eso no, imaginaciones;
 prevenga mi amor primero
 brasas con Porcia y con Dido
 espadas que aliente el fuego.

Sale MILARDO

MILARDO: A daros, Visora hermosa,
 la libertad que no tengo
 me envía la emperatriz
 abrasada en vuestros celos.
 Hale declarado Bruno
 el amor que Enrico, ciego,
 os tiene, y que determina
 forzaros torpe y violento.
 Dióle la llave que veis,
 y juntamente consejo
 que os quite la hermosa vida,
 digna de siglos eternos.
 Hanme hecho su ejecutor,
 pero yo, que en solo véros,
 vivo adorándoos, Visora,
 si es vida vivir muriendo;
 si admitís servicios nobles
 y un alma que humilde ofrezco,
 leal a vuestro servicio;
 si agradecéis mis deseos,
 huír con vos determino
 con voluntario destierro,
 y mejorar amoroso
 la corte por el destierro.
 Casarémonos los dos,
 y con el traje grosero
 disfrazaremos las almas,
 de nobles, villanos vueltos.
 No respondáis desdeñosa
 a los nobles pensamientos,
 que en vez de daros la muerte
 os eligen por mi dueño.

VISORA: ¿Bruno aconseja a la Augusta
 que me dé muerte?

MILARDO: Esto es cierto.

VISORA: ¡Oh, bárbaro, mal nacido!
 ¿Ya añades a tus desprecios
 nuevos agravios y enojos?
 Satisfaréme, y con ellos
 verás lo que es un amor
 vuelto en aborrecimiento.
 Como a ese ingrato enemigo
 mates, Milardo, primero,
 en satisfacción dichosa
 el alma y vida te entrego.

MILARDO: Pues hoy daré muerte a Bruno.

Sale BRUNO

BRUNO: ¿A Bruno matan; qué es esto?

VISORA: ¡Traidor, ingrato, villano,
 alma vil en noble cuerpo!
 Venganzas son contra injurias;
 castigos contra consejos.
 Si mi muerte deseabas,
 permitieras al acero
 del soldado violador

cumplir su bárbaro intento.
 ¿Porque te quise me matas?
 ¿Porque mi opinión defiendo?
 ¿Porque desprecio al augusto?
 ¿Porque insultos aborrezco?

BRUNO: ¿Qué dices, Visora bella?

MILARDO: Las traiciones con que has hecho
 agravio a aquesta hermosura,
 que agora vengar pretendo.

BRUNO: ¡Oh, bárbaro! ¿Tú te atreves

a injuriarme?

MILARDO: En este acero
 hallarán satisfacciones
 sus agravios y mis celos.

***Meten mano y sale ENRICO por una parte y la
 EMPERATRIZ y MARCIÓ por otra***

ENRICO: ¡Traidores! ¿En mi palacio
 desnudáis armas? Prendelos.

EMPERATRIZ: ¿Qué voces, señor, son ésas?

ENRICO: Dos locos y descompuestos
 a la inmunidad sagrada
 de mi casa...

MILARDO: Yo confieso
 cuan mal, gran señor, he andado;
 mas si castigar excesos
 contra tu fama, merecen
 perdón de mayores yerros,
 Bruno, a quien has confiado
 los despachos del imperio,
 encumbrado en tu privanza,
 y con tu favor, soberbio,
 dentro tu mismo palacio
 con torpes atrevimientos
 quiso gozar a Visora;
 y hubiera llegado a efecto,
 si con la espada en la mano,
 de justa cólera ciego,
 no impidiera desatinos
 traidores y deshonestos.
 Si no basta esta disculpa,
 divide de aqueste cuello
 la cabeza que te ofende.

BRUNO: ¡Qué escucho, piadosos cielos!
 ¿Yo intenté tan gran delito?

VISORA: Gran señor, mi honor le debo
 a Milardo, defensor
 de la joya de más precio.
 Verdad es cuanto te ha dicho.

EMPERATRIZ: ¿Éste es, señor, el sujeto
 tan digno de vuestra gracia,
 célebre con tanto extremo?
 Quien deja vasallos fieles
 por encargar el gobierno
 a un humilde advenedizo,
 la culpa se eche a sí mismo.

Justas quejas habéis dado
 a mis inocentes celos,
 que satisfacéis confuso
 con vergüenza y con silencio.
 Si en vos, que sois la cabeza,
 tiene el mundo tal ejemplo,
 ¿qué espera la cristiandad?
 ¿qué harán en ella los miembros?
 Volved, gran señor, en vos,
 y a apetitos deshonestos,
 resistencias generosas
 pongan victoriosos frenos.
 Visora le dé a Milardo
 la mano, en fe que agradezco
 la defensa de su honor,
 como salga de aquí luego;
 y quien a vuestra privanza
 subió con tan malos medios,
 derribad, pues que es indigno
 del favor que le habéis hecho.

Vase la EMPERATRIZ

ENRICO: Desnudad este villano
 de las insignias, que han hecho,
 cuanto más nobles en él,
 más indignos sus empleos.
 Bástele esto por castigo,
 que si matarle no quiero,
 es por pagar, aunque ingrato,
 su mal empleado esfuerzo.
 Yo os perdono a vos Milardo,
 éste honrado atrevimiento,
 y a Visora por esposa
 liberalmente os concedo.
 Llevadla a vuestros estados,
 y sírvame de escarmiento
 para no fiar de hazañas,
 lo que agora experimento.
 Salid de mi corte, vos,
 que quien, su padre ofendiendo,
 fue contra sus canas malo,
 no será para mí bueno.

Vase ENRICO

VISORA: Así castiga desdenes,
 descortés, ingrato, el cielo.
 Escarmentad en vos mismo,
 si escarmienta nunca el necio.

Vase VISORA

MILARDO: En tres días de privanza,

Bruno, serviréis de ejemplo
al mundo. Presto subísteis;
no es mucho que caigáis presto.
Revolved otra vez libros,
y estudiad, Bruno, de nuevo
derechos que os hagan sabio,
que en privanzas no hay derechos.

Vase MILARDO

MARCIÓN: ¿Qué privanza terciaria
es esta, señor? Tornemos,
pues a tres va la vencida,
desde el principio este juego.
Privado eres de alquitar;
quien te vió dando gobiernos
en aqueste triunvirato,
y agora quedarte en pelo,
dirá que eres rey de gallos,
que en los tres días de antruejo
triumfaste, y ya te desnuda
el miércoles ceniciento.
Triangulada es tu ventura,
para bonete eres bueno,
de tres esquinas. Señor,
voyme a buscar amo nuevo.
Adiós, señor tres en raya,
que pues contigo no medro,
quien se muda, Dios le ayuda.
Él me ayude, pues te dejo.

Vase MARCIÓN

BRUNO: ¡Oh, sagrados desengaños!
Pues no me curáis el seso,
curad mi ciega inquietud,
alumbrad mi entendimiento.
¡En tres días de privanza
tanta confusión! ¿Qué es esto?
Fíe en hombres. ¿Qué me espanto?
Si crió Dios al primero,
y de un soplo le infundió
el alma, animando el cuerpo,
por fuerza se ha de mudar
si fue su principio el viento.
¡Qué confiado dormía
Jonás, a la sombra puesto
de una hiedra, que secó
un gusanillo pequeño!
Hiedra es la privanza humana;
royóla la envidia, y luego
faltóle al favor la sombra,
quedé a la inclemencia puesto.
Dichoso soy; sin razón,
piadosa deidad, me quejo;
embosquéme en laberintos

de lazos y penas llenos.
 Si anduve tres días perdido,
 dichoso llamarme puedo,
 pues la salida he hallado
 de su confusión tan presto.
 No más engaños de amor,
 no más favores soberbios,
 no más príncipes mudables,
 no más cargos y gobiernos.
 Peregrino he de vivir,
 y pregonar escarmientos
 por el mundo a los mortales;
 conmigo el ejemplo llevo.
 Quien desengaños buscare,
 mercader soy que los vendo,
 pues el mayor desengaño
 puede en mí servir de ejemplo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen ROBERTO, LUCIO y FILIPO, estudiantes

ROBERTO: ¡Notable ingenio!
 LUCIO: ¡Espantoso
 monstruo es Bruno en todas ciencias!
 ROBERTO: Con exceso se llevara
 la cátedra, aunque con ella
 se llevara la tñara.
 FILIPO: No hay quien le haga competencia.
 LUCIO: A su maestro Dñon,
 con ser águila en las ciencias,
 se aventaja a questo monstruo.
 ROBERTO: Así él mismo lo confiesa,
 y como ha caído malo,
 y la muerte se le acerca,
 que a su cátedra se oponga
 me han dicho que le aconseja.
 LUCIO: Es Dñon un grande santo;
 a Dios goza acá en la tierra;
 llórale todo París,

que de él maravillas cuentan.
ROBERTO: En fin, ¿a la oposición
se hallan el rey y la reina
de Francia?

LUCIO: Quieren honrar
a Bruno, y por experiencia
ver lo que la fama a voces
de su mucho estudio cuenta.

FILIPO: Si lee cátedra de prima
y es canónigo en la iglesia
de París, no será mucho
que lleve una mitra.

ROBERTO: Y sea
la de arzobispo de Remes,
o un capelo le engrandezca.

LUCIO: Los reyes y los doctores
salen al acto.

ROBERTO: A mi cuenta
está un argumento.

FILIPO: Todos
delante la real presencia
argüiremos, aunque Bruno
nos concluya y nos convenza.

Salen BRUNO, de clérigo, MARCIÓN, de gorrón, MARCELA y LAURA, damas, de estudiantes, el REY, la REINA, doctores y estudiantes de la universidad. Tocan música. Los reyes se colocan en un sitio. BRUNO en una silla, y delante un bufete con unas conclusiones. Los doctores y estudiantes siéntanse en un banco, y en otro MARCELA, LAURA y MARCIÓN. Levántase BRUNO, y siéntase luego al empezar

BRUNO: Cuestión antigua y reñida,
con no pocas competencias,
es, cristianísimos reyes,
amparo de la ley nuestra,
entre sabios y soldados
sobre cuál profesión sea
mayor en nombre y en fama,
o las armas o las letras.
No me atreveré a mostrar
cuál de los dos lo merezca,
por no ofender a la una,
aunque en cátedras y guerras
seguí entrambas profesiones,
que respeto en la grandeza
del cristianísimo rey
la espada, noble defensa
de la fe por tantos siglos;
mas diré por cosa cierta
que letras y armas se hermanan,
y sólo se diferencian
en que las armas se ayudan
de las corporales fuerzas,
como las letras del alma,
pues unas y otras pelean.
Las armas son instrumentos

belicosos, que sujetan,
mediante el valor invicto,
materiales resistencias;
las letras, con argumentos,
silogismos y entimemas,
que convencen el discurso
y la más noble potencia.
Éste al presente me toca,
puesto que temblar pudiera
delante la majestad
y soberana grandeza
de los católicos reyes;
mas si el argüir es fuerza
donde el ánimo acredita
y donde el temor alienta,
en la oposición que he hecho
a la cátedra suprema
de la sacra teología,
que está vaca en las escuelas,
por no volver las espaldas,
el mantener será fuerza
los puntos que me han cabido,
aunque pobre en suficiencia.

Levántase y descúbrese

Y así, sacras majestades,
luz de la sangre francesa;
rector, maestro decano,
digno de memoria eterna;
insigne universidad,
donde viven en su esfera
las musas y las virtudes,
el saber y la elocuencia,
proponiendo mi cuestión
en nuestra lengua materna,
porque mejor la perciba
la reina, señora nuestra,
digo en el punto asignado
y escogida controversia,
que es, si puede la criatura
ver de Dios la eterna esencia,
con su virtud propia sola,
y si hay naturales fuerzas
que a ver en Dios sean bastantes
la beatífica presencia.
Ciertos filósofos hubo
en la platónica escuela
que ser posible afirmaron
ver de Dios la esencia eterna
una criatura finita
en esta vida; que tenga
virtud un hombre mortal
en si para comprenderla.
De este error blásfemo y loco
dan a Eudomio por cabeza,
de quien eudomios se llaman
los que siguen esta secta.

Así lo refieren muchos,
 como son Pselo y Nicetas,
 San Gregorio Nazianceno,
 Crisóstomo, **Homilia tertia**,
 de incomprensibilidad
 de Dios, y otros mil que en Grecia
 se opusieron valerosos
 contra sus plumas perversas.
 Siguieron estos errores
 después con bárbaras lenguas,
 Beguardo, Beguino y otros,
 con que en Alemania siembran
 ponzoñosas herejías,
 que ya condenadas quedan,
 conforme una clementina
 del concilio de Viena.
 Y entre otras autoridades
 que puedo traer con ella,
 basta alegar a San Pablo,
 sol claro de nuestra iglesia,
 que escribiendo a Timoteo,
 en la epístola primera
 y en el capítulo sexto,
 dice de aquesta manera,
 "Dios habita eternamente
 luz inaccesible, eterna,
 la cual ningún hombre vió,
 ni es posible pueda verla."
 Dejando, pues, este error
 como herético y sin fuerzas,
 pues ya no hay tan loco ingenio
 que le apadrine y defienda,
 digo, que afirmaron otros,
 puesto que con agudeza,
**Distinción cuarenta y nueve
 del cuarto de las sentencias,
 al número veinticuatro
 cuestión segunda y tercera**,
 que aunque Dios no puede verse,
 por ser sol de luz inmensa,
 conforme a la orden común
 de nuestra naturaleza;
 porque según este orden
 nadie es posible le entienda,
 si con sentidos corpóreos
 primero al alma no entra,
 y siendo espíritu puro
 de Dios la divina esencia,
 no hay sentido que le alcance,
 por no tocar a su esfera.
 Con todo eso, realzando
 nuestra natural flaqueza,
 según el orden de gracia,
 la Divina Omnipotencia,
 puede una pura criatura
 alcanzar la inteligencia
 de Dios, y en mortales lazos
 ver la soberana esencia.
 Esta opinión es de Scoto,
 sobre **la parte tercera**

de la distinción catorce,
quaestione prima; y se prueba,
 porque toda facultad
 y cognitiva potencia
 que de algún modo termina
 al objeto su agudeza,
 quitado el impedimento
 extrínseco, que estorbo era
 para producir el acto
 y efecto que nace de ella,
 luego al momento obra fácil;
sed sic est, que a la potencia
 del entendimiento humano,
 por más finito que sea,
 toca el conocer a Dios,
 pues es su naturaleza
 un objeto inteligible
 que en su latitud se encierra.
 Luego si el impedimento
 de la corpórea materia
 se quita, según la gracia,
 ¿no habrá quien a Dios no entienda?
 Pruebo la mayor **asimili.**
 La vista, que en las tinieblas
 no puede ver la color,
 que es su **circa quam materia,**
 luego que sale la luz,
 echando el estorbo fuera
 que impedía sus efectos,
 produce visión perfecta;
igitur, si Dios quitase
 las imperfecciones nuestras
 y el conocer sin especies
 que los sentidos presentan
 su Divinidad, ¿quién duda
 que si **immediate** se viera,
 del entendimiento humano
 ser conocido pudiera?
 Pero todo esto, no obstante,
 mi conclusión verdadera
 es, que no hay pura criatura
 que con naturales fuerzas
 vea la esencia divina,
 la pueda gozar, ni entienda,
 si con la lumbre de gloria
 Dios no realza y eleva
 el criado entendimiento,
 y animando su flaqueza,
 le da celestial valor
 con que hasta su objeto vuelva.
 Esta clara conclusión
 es de fe, según lo prueba
 en el lugar ya citado,
 el Concilio de Viena,
 y como tal, admitida
 de la católica iglesia,
 me excusa de autoridades
 que puedo excusar por ella.
 Pero **ratione probatur;**
 entre el objeto y potencia

tiene de haber proporción
 natural, medida y cierta.
 Dios es objeto infinito
 de virtud pura y inmensa;
 finito el entendimiento
 humano. Luego está fuera
 de la latitud debida.
 Luego confesar es fuerza
 que entre nuestra mente y Dios
 no hay proporción verdadera.
 Luego para conocerle
 es necesario que tenga
 una calidad sublime
 que de suerte le engrandezca
 mediante su actividad
 que pueda subir por ella
 a la divina visión,
 que lumbre de gloria sea.
 Otros muchos argumentos
 alegara en mi defensa;
 pero los propuestos bastan,
 pues para que resplandezca
 la verdad de mi doctrina,
 las impugnaciones vuestras,
 doctores sabios, ilustres,
 la harán más constante y bella.

MARCIÓN: ¡Vitor, Bruno, vive Dios!
 ¿Qué papagayo pudiera
 hablar con más elegancia?
 ¡Vitor, Bruno!

MARCELA: ¡Ay, prima bella!
 que me hechiza aqúeste hombre
 con los ojos, con la lengua,
 con el talle, con la cara,
 con su gracia, con su ciencia.

LAURA: Todo lo merece Bruno,
 que es Fénix de la edad nuestra.
 Calla agora y escuchemos
 los doctores que argumentan.

ROBERTO, en pie y descubierto

ROBERTO: Contra vuestra conclusion
habita, primo, licentia
a serenissimus regibus
 de la cristiandad defensa,
et a domino rectore
et decano, en quien se muestra
 en iguales paralelos
 la virtud y la nobleza,
et a tota schola in qua
 en hermosa competencia,
resplendent sciencioe et virtutes
quae adquirunt famam aeternam
acutissime Magister,
 águila de nuestra escuela,
 este argumento propongo,
 que parece me hace fuerza.

Decís que no puede ver
de Dios la naturaleza
un entendimiento humano
mientras que lumbre no tenga
de gloria; pues **sic insurgo**,
inútil es la potencia
que no se reduce al acto,
como Aristóteles prueba.
Luego si a Dios, que es objeto
inteligible, no llega
la potencia intelectual,
por más finita que sea,
en vano Dios la crió,
y Dios saldrá de la esfera
de inteligible, que es cosa
absurda. **Probo sequelam**,
Dios no se puede entender
de quien con lumbre no venga
de gloria; luego es forzoso
que inteligible no sea.

BRUNO: **Arguit sic dominus rector**,
inútil es la potencia
que no se reduce al acto,
como el filósofo enseña.
Concedo este antecedente

ROBERTO: **Ergo**, como a Dios no vea
el humano entendimiento,
inútiles son sus fuerzas
y en balde Dios le crió.

BRUNO: Niego aquesa consecuencia.

ROBERTO: Pruébola. Es inteligible
Dios; luego es fuerza se entienda.
No puede el entendimiento
humano entenderle. Queda,
según esto, defraudado
de su virtud, o conceda
que no es Dios inteligible.

BRUNO: Respondo de esta manera.
Nuestro entendimiento humano
entiende lo que sus fuerzas
alcanzan, no más, que es propio
de todo agente y potencia.
No puede alcanzar a Dios,
cuya latitud inmensa
excede infinito y puro
nuestra natural flaqueza.
Luego ¿por eso no es
inteligible? Es quimera,
afirmar tan grande absurdo.
El Padre Eterno, que engendra
al Verbo de su substancia,
entiende su misma esencia,
siendo el Hijo sacrosanto
el acto y la especie expresa
de su intelección divina.
Luego ya probado queda
que es inteligible Dios.
Si no tiene el hombre fuerzas
para entenderle ¿estará,
decid, aquesa impotencia

en Dios? De ninguna suerte,
 que es primera inteligencia,
 sino en nuestro entendimiento,
 eso sí, cuya flaqueza
 no alcanza, por ser finito,
 a la infinita excelencia.
 Luego, es más inteligible
 de cuantas cosas encierra
 la máquina que crió.
 Y porque el hombre le vea,
 pues por sí sólo no basta,
 cría una luz pura y bella,
 que llaman lumbre, de gloria,
 para que a nuestra potencia
 de antojos de larga vista
 sirva, con que alegre llega
 al sol Dios, de quien depende
 nuestra beatitud eterna.

Levántase

TODOS: ¡Vitor! ¡Vitor!
 REY: Eso basta,
 No se arguya más, pues muestra,
 Bruno, cuán bien empleada
 es la cátedra que lleva.
 De mi parlamento os hago.
 BRUNO: Déle el cielo a vuestra alteza
 las dos coronas del mundo,
 pues tan magnífico premia
 mis merecimientos cortos.
 REINA: También corre por mi cuenta
 el honraros, Bruno sabio.
 BRUNO: ¿Qué honra de más grandeza
 que la de haberos tenido,
 gran señora, aquí?
 REINA Quisiera
 que hubiera vaca una mitra
 que honrara vuestra cabeza.
 Yo me acordaré de vos.
 BRUNO: Pisen las lunas turquescas
 vuestras flores de lis de oro
 imperando ambos en Grecia:

Vanse los reyes

ROBERTO: Conmutéis, señor doctor,
 la cátedra que se aumenta
 por regirla vos, en mitra
 de la más sublime iglesia.
 LUCIO: Darme puedo el parabién
 a mí, por lo que interesa
 con tal maestro mi dicha.
 FILIPO: París de hoy más se renueva,
 pues por oráculo os tiene.
 BRUNO: Ya yo sé mi suficiencia

y cuan corteses honráis,
señores, mis pocas prendas.
Aquí estoy para serviros.

LUCIO: La universidad espera
veros honrando un capelo.

BRUNO: ¿Qué más honra qué con ella?

Vanse los estudiantes

MARCELA: Si pueden dar amores
parabienes en vez de dar favores,
el mucho que os enseñó
os los da, que aunque en cuerpo tan pequeño,
vive un amor gigante
que os desea, cual sabio, ver amante.

BRUNO: No entiendo vuestro enigma.

LAURA: ¿Cuando lleváis la cátedra de prima,
que vuestro ingenio exalta,
decís, señor, que entendimiento os falta?

BRUNO: Es facultad diversa
la que en amor, no en cátedra, conversa.

MARCELA: ¡Ay, Bruno! yo os adoro.

MARCIÓN: ¡Oxte, puto! Muchachos, guardá el toro.
¡Fuego de Dios! Resina,
oliéndome vais hoy a chamusquina.

MARCELA: Bruno, vuestra presencia,
discreción, elegancia y suficiencia,
desde el dichoso día
que os vio para perderse el alma mía
en Aviñón de Francia,
aunque el amor en mi fue una ignorancia
hasta allí no entendida,
luego os rendí la libertad y vida,
siguiéndoos en el traje
que estoy hasta París, de mi linaje
y nobleza olvidada,
sólo en vos, Bruno, transformada.
Quiso mi poca suerte,
para darme tormento si no muerte,
que al sacerdocio santo
subisteis dando fuentes a mi llanto,
y bastara, a ser cuerda,
para olvidaros esto, mas recuerda
amor con imposibles,
en fe de que son llamas invencibles,
pues si os amaba antes,
ya os adoro con fuerzas tan constantes,
que si me sois ingrato,
seré de Dido un mísero retrato.

Laura, pues compañera
de mis desdichas eres, sé tercera
de mis remedios; díle
lo que le quiero, y el cuchillo afile
de su crueldad si intenta
despreciar el amor que en mí aumenta.

LAURA: Por vos las dos andamos
tierras extrañas que hoy peregrinamos
con el disfraz violento

que veis. Pues Fénix sois de entendimiento,
de voluntad agora
lo sed, agradeciendo a quien adora
vuestro talle gallardo,
que si correspondiente no os aguardo,
juzgaré a grosería

BRUNO: ¡Oh, invencible hermosura!
No hay resistencia para vos segura.
¡Oh, ciegas pretensiones!
¿Qué pretendéis con tantas invenciones?
Ni en mi patria bellezas,
ya seguras rendidas fortalezas,
que a costa de seis años
pararon en dañosos desengaños;
ni en la guerra, soldado,
de Amor desnudo escapa Marte airado,
pues aun padezco agora
persecuciones largas de Visora,
sino que hasta en las letras,
libros derribas, cátedras penetras.
Deidad ciega y desnuda,
pues de estado mudé, de intento muda.
Ya me acogí a sagrado;
del sacerdocio gozo el sacro grado.
Mas--¡ay, pasión tirana--
¿qué inmunidad, qué asilo no profana
tu fuego, si hay ejemplos
de que violentas, como chozas, templos?
Pobre de mí, que al paso
que intento resistirme, más me abraso!

MARCIÓN: Si son las dos mujeres,
aun no tan malo, pues que gallo eres.
Juzgábalos varones,
y recelaba en ellos chicharrones.
Apretemos con ellas,
¡cuerpo de Dios! Si te parecen bellas,
si leer determinas,
que también el Amor paga propinas;
y mientras que las cobras,
reduciendo palabras a las obras,
si **dormit ista tecum,**
ista me servirá de **vademécum.**

MARCELA: Responde agradecido,
o márame, si intentas con olvido
pagar, Bruno, amor tanto.

VOZ: ¡Cuerpo santo! **Dentro**

BRUNO: ¿Qué es esto?

VOZ: ¡Cuerpo santo! **Dentro**

Sale ROBERTO

ROBERTO: Murió Díón, si es cordura
decir que murió quien vive
la vida que le apercibe
el cielo, y eterna dura.

BRUNO: ¡Válgame el cielo!

- ROBERTO: París
 a voces santo le llama,
 y divulgando la fama
 que por las calles oís,
 desde el plebeyo hasta el noble
 a su túmulo se allega,
 y como a santo le ruega.
 No hay campana que se doble;
 antes repicando todas
 con nunca vistas señales,
 en vez de honrar funerales,
 fiestas le aprestan de bodas.
 Sus ropas cuantos le ven
 van a cortar a pedazos,
 y el cuerpo, huesos y brazos
 quisieran llevar también,
 a no hacerles resistencia
 la catedral clerecía,
 que con su cuerpo este día
 aumenten la reverencia
 de su templo, pues que vienen
 a añadir la devoción
 con este santo varón
 de las reliquias que tienen.
- BRUNO: Toda es deuda merecida
 de la mucha santidad
 de Díón, su cristiandad,
 limosnas, virtud y vida.
 Tiene nuestra corte llena
 de fama que le bendiga;
 no hay lengua que de él no diga
 mil bienes.
- ROBERTO: París ordena,
 con un entierro pomposo,
 que le traigan a palacio,
 donde los reyes despacio,
 de su cuerpo milagroso
 las santas reliquias vean
 y le admitan por patrón.
- MARCELA: Era un gran santo Díón.
 Justamente en él se emplean
 honras de concurso tanto.
- ROBERTO: Ya llegan con él aquí.
- MARCELA: Quiérame bien Bruno a mi,
 y sea o no Díón santo.
- ROBERTO: En la capilla real
 le depositan, y en ella
 quieren por favorecella,
 que con pompa funeral
 los oficios se le hagan;
 y que han llegado recelo.
- BRUNO: Servicios hechos al cielo
 de aqueste modo se pagan.
- ROBERTO: El rey y reina son estos.
- MARCIÓN: ¿Cuando dos ninfas amamos,
 de **requiem**, señor, estamos?
 Sucesos temo funestos.

Salen LUCIO, FILIPO, el REY y la REINA con acompañamiento y

estudiantes, Traen unas andas y en ellas a DIÓN, difunto, de clérigo, con bonete y borla. Los reyes llegan a besar la maño del muerto, y al mismo tiempo arrodillanse LUCIO, FILIPO y otros

REY: Llegad a reverenciar,
esposa y señora mía,
al santo que en este día
nos ha de patrocinar
con Dios.

REINA: A quien Él levanta
toda majestad se humilla.

ROBERTO: Escuchad, que la capilla
el fúnebre oficio canta.

Cantan dentro

VOCES: ***In memoria aeterna erit justus;
ab auditione mala non timebit.***

Levantándose de medio cuerpo, y echándose luego que habla

DIÓN: Por justo y recto juicio
de Dios, Juez Soberano,
a juicio voy.

REINA: ¡Ay, cielo!

REY: ¡Qué portento tan extraño!

REINA: Sacad de aquí ese difunto,
que no es posible sea santo
quien pone en duda espantosa
su salvación.

ROBERTO: ¡Gran milagro!

REY: ¡Válgame el cielo! ¿Es posible
que un hombre tan estimado
en boca de todo el vulgo,
y por santo respetado,
ejemplo de la virtud,
en la doctrina un San Pablo,
un San Hilario en la vida,
un Gregorio en el recato
un Antonio en penitencia,
cuando los nobles, los bajos,
desde la cama hasta el cielo
subir dichosos pensaron,
su salvación ponga en duda,
y que él mismo haya afirmado
que Dios le llama a su juicio
ante su tribunal santo?

MARCELA: ¡No sé si vivo o si muero!

LAURA: ¡Las carnes me están temblando.

MARCION: De miedo mortal estoy
medio desabotonado.

ROBERTO: ¡Hay asombro semejante!

FILIPO: El corazón se me ha helado

en medio el pecho.
 LUCIO: Mejor
 es, Filipo que nos vamos.
 REINA: Sacadme de aquí este cuerpo.
 BRUNO: Reina y señora, rey sabio,
 doctores siempre discretos,
 escuchadme y sosegaos.
 No es digno de tanto asombro
 la que veis, puesto que espanto
 os cause que os hable un muerto,
 que siempre asombra lo raro.
 Díón fue en París y en Francia
 por santo reverenciado,
 y hasta agora no tenemos
 certeza de lo contrario.
 Que va a juicio confiesa.
 ¿Qué indicios da de pecados?
 Ni, ¿quién dirá por aquesto
 que Dios le haya condenado?
 Con su divina justicia
 ¿quien hay recto, quién hay santo,
 si con ella David dice
 que **nemo justificatur?**
 ¿Pierde el tesorero fiel
 su crédito y fama en algo
 porque el rey le llame a cuentas
 y al recibo ajuste el cargo?
 Antes, si sale bien de ellas,
 por prudente y recatado,
 queda con nombre mayor
 y con su crédito en salvo.
 ¿Qué justo puede alabarse
 que le haya perdonado
 en el jüicio severo
 un pensamiento liviano?
 Podrá ser que este difunto
 tan bien haya administrado
 los talentos de su vida,
 que con Dios cuenta ajustando
 salga con nombre de fiel,
 y premiándole su mano,
 llame testigos el cielo
 de la gloria que ha ganado.
 Por santo le tienen todos.
 ¿Quién será tan temerario,
 porque Dios le llame a cuentas,
 que ose afirmar que no es santo?
 No le ha sentenciado el juez,
 pues cuentas le está tomando.
 Sepamos cuál sale de ellas,
 si libre, si condenado.
 No sin causa quiere el cielo
 que los que viéndole estamos,
 para mayor honra suya,
 que va a juicio sepamos.
 Prosigan, si vuestra alteza
 gusta, los oficios sacros,
 que ya podrá ser que quede
 del cielo canonizado.
 REY: Dices, maestro, muy bien.

Hasta agora sólo ha dado
 noticia que va a juicio;
 ¿qué hombre hay que alcance tanto,
 que del Tribunal eterno
 libre quede, si el más santo
 teme el dar cuentas a Dios?
 Jerónimo está temblando
 con la trompeta al oído
 y la voz de "levantáos,
 muertos, a dar a Dios cuenta."
 Pues si él tiembla ¿qué me espanto,
 que, imitándole Díón,
 nuestro olvido despertando,
 freno ponga a nuestros vicios,
 y así quiera escarmentarnos?
 Prosiga el fúnebre oficio.

MARCELA: ¡Ay, amor torpe y liviano!
 Si a un santo pide Dios cuenta,
 ¿qué será de mí?

ROBERTO: ¡Caso raro!

Cantan dentro

VOCES: ***Responde mihi quantas habeo
 iniquitates et peccata, scelera mea
 atque delicta ostende mihi.***

DIÓN, alzándose de nuevo

DIÓN: Por justo y recto jüicio
 de Dios, Juez Soberano,
 en jüicio estoy.

REY: Volvió
 segunda vez a avisarnos
 el aprieto en que se ve.

REINA: Y en mí acrecientan desmayos
 que me asombran. ¡Santo Dios!
 ¡Qué espantoso y triste caso!

MARCIÓN: Marción, desde hoy libro nuevo.
 No más sisas en el rastro,
 en la plaza, ni taberna,
 si con bien de aquesta salgo.

MARCELA: ¡Jesús! Laura, aqueste aviso
 reprehende mis pecados.
 Yo haré enmienda en mi vida.

LAURA: Vida nueva desde hoy hago.

REY: Muestre aquí mi real valor
 el esfuerzo necesario.
 El fin tengo de saber
 de aqueste suceso extraño.
 Pues dice que está en jüicio,
 el fin que tiene sepamos
 tan severa y justa cuenta.
 Prosiga el oficio sacro.

Cantan

***Responde mihi, quantas habeo
iniquitates et peccata, scelera mea
atque delicta ostende mihi.***

DIÓN: Por justo y recto juicio
de Dios, salgo condenado.
REINA: ¡Jesús sea con nosotros!
TODOS: ¡Jesús mil veces!
REINA: Huyamos.

Vase la REINA

REY: ¡Oh, ciega opinión del mundo!
¡Oh, juicios temerarios!
¡Qué de ello hay que saber
en un corazón humano!
¿Dión se condenó, cielos?
¿El caritativo, el santo,
el recogido, el virtuoso,
el humilde, el cuerdo, el casto?
¡Qué diferentes que son,
Dios eterno y soberano,
vuestros divinos secretos
de los nuestros, siempre falsos!

ROBERTO: Yo pienso que la soberbia
que al querub ha derribado
y engaña a la hipocresía,
a Dión ha condenado;
porque cuando morir quiso
dijo, loco y temerario,
más que humilde, justo y cuerdo,
"No quiero que en este paso,
según su misericordia
me juzgue Dios, porque aguardo
que por rigor de justicia
me dé el cielo que han ganado
mis virtudes y paciencia."
Y quien fía de sí tanto,
que por santo se averigua,
condenarse no es milagro.

REY: Si eso dijo, justamente,
por loco y desatinado
la justicia le condena
quien da a la gracia de mano.
Yo voy tan lleno de asombros
como bien desengañado
de que mientras uno vive,
hasta en el último paso,
no puede fiar de sí,
pues como avisa San Pablo,
quien está en pie, tenga cuenta
no caiga, que es todo engaños.

Vase el REY

MARCELA: Al fin se canta la gloria.
 No hay hombre cuerdo a caballo;
 camino es aquesta vida
 llena de enredos y lazos.
 En un monasterio quiero,
 si hasta aquí me he despeñado,
 buscar por sendas estrechas
 otro más seguro y llano.

LAURA: En todo quiero imitarte.

MARCIÓN: Desde hoy me vuelvo ermitaño
 o motilón de un convento.
 Adiós, mundo inmundo y falso.

Vanse MARCELA, LAURA y MARCIÓN

BRUNO: ¿Qué hacemos aquí suspensos,
 señores? ¿Qué dilatamos
 nuestra salvación? ¿Qué hechizos
 nos desvanecen? ¿Qué encantos?
 ¿Qué importan letras y estudios,
 dignidades, honras, grados,
 libros, cátedras, oficios,
 si se condenan los sabios?
 Dichoso el pobre pastor
 que entre el grosero ganado,
 ignorante para el mundo,
 para los discretos zafio,
 es para Dios elocuente.
 Decid, ¿qué le aprovecharon
 fama y opinión de bueno
 a quien para Dios fue malo?
 Abrid los míseros ojos;
 no os predicen desengaños
 los vivos ya solamente;
 los muertos nos están dando
 voces y ejemplos seguros.
 Púlpitos son ya de humanos
 los túmulos, desde donde
 un muerto está predicando.
 Si desengaños buscáis
 donde con torpes halagos
 no os divertáis, el que veis
 es el mayor desengano.
 Díón, tenido en París
 por un vivo simulacro
 de santidad y virtud,
 sin bastarle los trabajos
 de estudios y de desvelos,
 el verse reverenciado
 de los príncipes y reyes,
 de los plebeyos y bajos;
 sin dalle ayuda sus letras,
 magisterios, honras, cargos,
 se condena, y por su boca
 pronuncia su horrendo fallo.
 ¿Y esperaremos nosotros

en las cortes y palacios,
 entre ocasiones lascivas,
 entre tanto enredo y lazo
 salir libres? ¿No es locura?
 Amigos, desengañaos,
 pues el que presente vemos,
 es el mayor desengaño.
 A vida tan breve y corta,
 a tan inefable plazo,
 a juez tan recto y severo,
 a tan apretados cargos,
 ¿no despertamos, señores?
 ¿Nos dormimos descuidados?
 ¿Nos entretenemos locos?
 ¿Nos divertimos ingratos?
 Si un predicador difunto
 no es suficiente a quitarnos
 vendas de los ojos ciegos,
 prisiones de pies y manos,
 ¿qué desengaño lo hará?
 ¿Tan contumaces estamos
 que ya para convertirnos
 son necesarios milagros?
 ¡Oh, mil veces venturosos
 desengaños! Ya me aparto
 de ocasiones, pues he visto
 hoy el mayor desengaño.

ROBERTO: A persuasiones tan ciertas,
 ¿qué bronce, Bruno, qué mármol
 podrá resistir rebelde?
 Un muerto vivo está dando
 liciones al ambicioso,
 y un vivo muerto miramos
 en ti, pues al mundo mueres
 y predicas desengaños.
 Pues de los despeñaderos
 nos apartas, ve guiando
 al camino, que nosotros
 queremos seguir tus pasos.

LUCIO: Por mi capitán te elijo.

FILIPO: A tu sombra asegurado
 procuraré desde hoy más
 escarmentar mis pecados.

BRUNO: Eso sí, amigos discretos;
 en los desiertos y campos
 aún no está un hombre seguro,
 ¿cómo lo estará en patacio?
 En ellos Pedro a Dios niega,
 y para llorar agravios
 hechos contra el cielo,
 busca cuevas que ocultan peñascos.
 Lloremos con él nosotros,
 y también con él huyamos
 ocasiones engañosas,
 pues lo son de vuestro daño.
 Una orden de vivir
 muriendo, quiero enseñaros,
 donde aprisionéis sentidos,
 enemigos no excusados;
 freno a la lengua el silencio

ha de poner, y candados
 a los oídos y ojos,
 si nos despeñan regalos.
 Penitencias nos den vida;
 perpetuo ayuno le mando
 a mi cuerpo, sin que guste
 otro manjar que pescado.
 Prisión y cárcel perpetua
 tendrán a los pies livianos
 a raya, y en su clausura
 darán al alma descanso.
 No ha de entrar mujer
 jamás en parte donde vivamos,
 ni en la iglesia que labremos,
 que así el peligro excusamos.
 Si este modo de vivir
 admitís, y como hermanos
 debajo de la conducta
 de Dios, os llamáis soldados,
 respondedme brevemente.

ROBERTO: Todos humildes te damos
 la obediencia desde aquí,
 poniendo a tus pies los labios.

BRUNO: Pues supliquemos a Dios
 ponga su divina mano
 y ayude nuestros principios,
 porque firmes prosigamos.
 Pero, atended; ¿qué es aquesto?

***Se pondrán de rodillas. Suena
 música, y aparece sentado en un sitial el Papa HUGO, y un
 ÁNGEL va bajando por invención, con siete
 estrellas en la mano***

LUCIO: Un ministro soberano,
 abriendo Dios nuestros ojos
 y su potencia llevando,
 al sucesor de San Pedro
 llega, y con celestes rayos
 consuela nuestro temor.
 ¡Qué favor tan soberano!

ÁNGEL: Piloto, que este gobierno
 de la nave que surcando
 almas para Dios flectúa,
 tienes dichoso en la mano;
 Dios quiere que prevalezca
 a tu sombra y con tu amparo
 una nueva religión,
 que Bruno desengañado
 comienza a fundar agora.
 A tus pies con seis letrados
 que con él el mundo dejan,
 vendrá; procura animarlos,
 que todos siete han de ser
 fundamentos soberanos
 de esta fábrica divina,
 significada en los rayos
 de estas siete estrellas puras.

Ya les da sitio y espacio
el valle de la Cartuja,
de quien el renombre santo
tomará su religión.

Cúbrese con música el ÁNGEL

HUGO: Si alista tales soldados
nuestra militante iglesia,
postrará viles contrarios.
Yo les doy mi bendición.

Cúbrese el Papa

BRUNO: Dadme todos esos brazos
en albricias de mi gozo,
y en ejecución pongamos
nuestros propósitos justos.
ROBERTO: Si escarmienta el cuerdo y sabio
en desengaños, aquéste
es el mayor desengaño.

FIN DE LA COMEDIA